

## HISTORIA DE VIDA

Editor: Alexander Zosa-Cano

[alexzosa@hotmail.com](mailto:alexzosa@hotmail.com)



Vamos a restringir los ensayos publicados en esta sección: (1) La política editorial no permite publicar ensayos biográficos sobre personas vivas; y (2) los personajes biografiados deben trascender el ámbito local y doméstico. Es decir, no se va a permitir publicar ensayos cuya única importancia es ser un antepasado del autor, o los méritos del biografiado se limitan a su ciudad. Los personajes biografiados deben tener importancia nacional o regional; es decir, Costa Caribe, las Segovias y la región del Pacífico.



El cultivo de la biografía y la autobiografía en Nicaragua tiene antecedentes como la autobiografía de Rubén Darío, compuesta en Buenos Aires y fechada entre el 11 de Septiembre y el 5 de Noviembre de 1912. Entre nosotros están las autobiografías de Emiliano Chamorro<sup>1</sup>, *Cabos sueltos de mi memoria del Dr. Carlos Cuadra Pasos*<sup>2</sup>, y *Memorial de mi vida* de Blas Hurtado y Plaza (1722-1792)<sup>3</sup>.

La autografía es un género literario que ha recibido muy poca atención en la historia de la literatura española. Es difícil escribir una autobiografía que sea verificable, basada en hechos, y que sea neutral.

Hemos publicado hasta hoy, el No. 78 inclusive, unos 164 ensayos biográficos. Entre los autores más prolíficos en este tema han sido Jorge Eduardo Arellano, Eddy Kühl Arauz, Ramón García Maldonado, Francisco-Ernesto Martínez, José Mejía Lacayo, Flavio Rivera Montealegre, y Carlos Tünnermann Bernheim. ■

<sup>1</sup> Autobiografía Completa del General Emiliano Chamorro - Revista Conservadora No. 67. Abril 1966.

<sup>2</sup> Cuadra Pasos, Carlos: *Cabos sueltos de mi memoria del Dr. Carlos Cuadra Pasos*. Obras. Managua: Fondo de Promoción Cultural, Banco de América, 1976.

<sup>3</sup> Hurtado y Plaza, Blas, and Carlos Molina Argüello. *Memorial de mi vida*. Managua: Banco de América, 1977.

## Ficha Biográfica Del Dr. Clemente Guido Chávez

Redactada por él mismo antes de su muerte.

Nació en La Jagüita, Departamento de Managua, el 20 de febrero de 1930. Padres: Marcelo Guido y María del Carmen Chávez, ambos de Managua. Casado con : Graciela Martínez Romero.

Tiene cuatro hijos profesionales y trece nietos.

Se bachilleró en 1950 en el Instituto Nacional Central "Ramírez Goyena". Se graduó de Médico y Cirujano en la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua en 1958. Hizo postgrado de Oncología Ginecológica en la Universidad de Sao Paulo, Brasil, en 1967-68.



*Dr. Guido en Africa.*

Fue Jefe Fundador del Servicio de Oncología Ginecológica del Hospital General de El Retiro (1968-73). Introdujo a Nicaragua, en el Hospital El Retiro, la Colposcopia, como método auxiliar en la Detección del Cáncer Uterino.

Fundó y dirigió el primer Registro Hospitalario de cáncer de la mujer, de 1989 a 1996.

Publicó 18 artículos médicos sobre la mujer cancerosa de Nicaragua, en revistas nacionales y extranjeras. Dirigió la Revista Centroamericana de Ginecología y Obstetricia en 1997 y 1998.

Pertenece a la Sociedad Nicaragüense de Gineco-obstetricia y es el UNICO nicaragüense que pertenece a la Sociedad Internacional de Ginecología Oncológica, y es uno de sus fundadores.

Ha publicado cinco novelas, dos libros de cuentos, un testimonio, cuatro libros políticos y un libro de Temas Ginecológicos.

Tiene en imprenta una novela y un libro de historia.

Fue candidato a la Presidencia de la República en 1984. Fue Vice-Presidente de la Asamblea Nacional de Nicaragua en el período de 1985-90.

Fue Ministro Consejero y Cónsul de Nicaragua en Brasilia, Brasil, en 1997 y 1998; y desempeñó el mismo cargo en Guatemala, en 1999.

Ha recibido PLACA de reconocimiento por su LABOR HUMANITARIA, en 15 de Julio de 1997, otorgada por la Subdirección docente del Hospital Berta Calderón. Diploma de agradecimiento por su esfuerzo en la lucha contra las enfermedades de la mujer, otorgado por SI MUJER, en julio de 2000. Recibió PLACA de reconocimiento por su APORTE A LA NARRATIVA NACIONAL, de parte del Centro Nicaragüense de Escritores, en 18 de enero de 2001 Recibió la Orden del 150 aniversario del ascenso de Managua a Capital, otorgada por la Alcaldía de Managua, el 5 de febrero de 2002.

Actualmente está jubilado desde mayo de 2000.●

## Memorias del Comendador Santiago Callejas Sanson. Segunda entrega

*Santiago Callejas Sanson*

Estas Memorias fueron enviadas por Eddy Kühl, quien no recuerda quien se las envió. Por su extensión (92 páginas), la hemos dividido en dos entregas.

De Berlín salimos para Dresden. Esta ciudad tiene la particularidad de que solo la familia real es católica y por consiguiente, su templo católico está dentro del Palacio. Aquí llamé por teléfono a mi amigo Julio Bahlke, hoy muerto. De Dresden fuimos a la ciudad universitaria de Heidelberg y de allí cruzamos al túnel para Suiza. Llegamos a ..... y visitamos por medio del ferrocarril funicular el Pilatus, o sea un cerro elevado y escarpado a orillas de la ciudad. Enseguida fuimos a Lugano a visitar a nuestros amigos los Palazio. Conocimos a su madre y a su hermana Marcelina. Luego entramos a Italia por Milán. Aún recuerdo el hotel donde estuvimos, por recomendación de Ernesto Palazio: el Hotel Biscione. Allí tuve una calentura, pero Narcisa me dio quinina y no hubo más novedad. La Catedral, dedicada a San Carlos Borromeo, es lindísima; toda de mármol, con dos mil estatuas de santos y de hombres célebres. Hasta Napoleón I tiene su estatua.

De Milán fuimos a Florencia y visitamos el Palacio Pizzi, con cuadros al óleo de artistas célebres. De Florencia a Venecia, con sus numerosos canales y góndolas. De la Estación del ferrocarril nos fuimos en góndola al hotel. Había zancudos, quizá por el agua represa de los canales.

Visitamos la Catedral de San Marcos, el Puente de los Suppiros, el palacio del Duce (pero no de Mussolini), el Lido y una gran fábrica de cristalería. De allí, en el Gran Canal, fuimos a la Ciudad Eterna: Roma. Narcisa no cabía del gusto de estar en Roma. Ya nos habían dicho que para lograr ver al Papa, había que hospedarse en el Hotel de La Minerva y así lo hicimos.

Como llevaba una recomendación del Padre Remigio Casco, para el Cónsul de México, lo primero que hice fue bajar del cuarto y salir a la calle. Busqué un coche para que me llevara y le dije:

- Lléveme al Consulado de México, en italiano, sacado de mi cabeza.
- Vea señor – **me dijo el cochero en buen francés.. Quizá hable el francés...** y como yo soy francés, quizá nos podamos en tender.

- Por supuesto, le contesté en francés. Lléveme al Consulado de México. Y allí me llevo.

El Cónsul estuvo muy gentil y ofreció ayudarme para entrar al Vaticano y me dijo como había de hacer. Ni el Ministro de Nicaragua, ni el Secretario estaban en Roma, pero fui a buscar al Secretario a su domicilio en la vía Santo Espíritu y **le deje mi tarjeta... una de las especiales que había dado a hacer en Florencia y decía: "SANTIAGO CALLEJAS. (Y en seguida en francés). Antiguo Ministro de la Guerra. Antiguo Ministro de Hacienda. República de Nicaragua"**.

Esta tarjeta, así redactada, me sirvió después también en París, como lo relataré cuando llegue su turno; pero en Italia era un talismán que me habría todas las puertas y por la que gastaban, en todas partes, muchas atenciones y reverencias conmigo.

Me aconsejó el Cónsul de México que visitara, en su oficina, al Cardenal Camarlengo y solo encontré a su Secretario de nombre Cajano d´Acevedo y le hice pasar una de mis tarjetas. En el acto me recibió y con mucha ceremonia me preguntó en francés, que qué se me ofrecía. Le dije que estaba en Roma junto con mi esposa y una amiga, con el objeto de ver al Papa. Inmediatamente me dijo que tendría la audiencia y que me enviaría con un mensajero, la tarjeta de entrada con la fecha, para la audiencia con el Papa, preguntándome en que hotel estaba hospedado. Cuando le dije que en el Hotel La Minerva, me pareció que le había caído muy bien.

Me explicó que la audiencia consistía en oír la misa del Santo Padre en la Capilla Sixtina y que debía ir de frac y las señoras de traje negro con mantilla española.

Ese mismo día les compré las mantillas; una para Narcisa y otra para Emilia, las que no cabían de satisfacción al saber que iban a conocer de cara a León XIII y quizá a platicar con él.

Tomamos un buen guía pagándole doce Liras diarias, sin comida, y este nos llevó a conocer unos pocos de los monumentos históricos más famosos de Roma. Tendría que escribir muchas páginas si fuera a describir minuciosamente todo lo que vimos. San Pedro es de lo más notable: la iglesia es lo más grande mundo.

Cuando entramos me dijo el guía:

- La figura del Espíritu Santo está sobre la pila de agua bendita muy baja, no es verdad?. Pudiera usted ir a tocarlas?.
- Con gusto, le respondí.

Cuando me acerqué quedaba a una vara sobre mi cabeza. Hay una estatua en bronce de San Pedro, al entrar en la puerta mayor que ya tiene ludido (lullido, en el original) el pie de tanto besarlo. El Altar Mayor es de una piedra verdosa con cuatro columnas, regalo del Sultán de Turquía. La Iglesia se comunica con el Vaticano y es una de las Basílicas de Roma.

Las otras son: San Juan de Letrán, o sea la Catedral del Papá, como Obispo de Roma; Santa María la Mayor; Santa Cruz de Jerusalén, donde está la Escala Santa por donde Cristo subió al Pretorio de Pilatos. Hay unas gotas de sangre tapadas con vidrios y hay que subirla de rodillas. La Narcisa, Emilia y yo, besamos los vidrios en donde estaban las gotas de sangre. Otra Basílicas es San Pablo, fuera de los muros; allí están los restos de todos los Papas y las columnas son todas diferentes; San Lorenzo, etcétera. Hay una iglesia muy bonita que se llama **"Anca Coeli"** en la que se ven unas huellas como de animal con uñas, que se dice, por supuesto, que el Demonio las dejó al ser sacado de la Iglesia. Hay una iglesia redonda que fue templo pagano, en la que están enterrados los Reyes de Italia, y otra iglesita, en el lugar donde fue decapitado San Pablo. Dicen que la cabeza pegó tres saltos al caer en tierra y que en cada punto saltó una fuente. Nosotros vimos las tres fuentes.

Visitamos el Coliseo donde se derramó tanta sangre cristiana; los Baños de Caracalla, donde hay baños para una persona, para dos y baños para muchas, pero de todo, lo que más impresionó a Narcisa fue la visita al Papa.

Un mensajero llegó a dejarme la tarjeta de entrada a la Capilla Sixtina y le di una propina de tres liras. Vestidos como nos habían dicho, llegamos al Vaticano.

Un Guardia Suizo de los muchos que allí habían, nos indicó la escalera por donde debíamos subir y nos subieron en una plataforma alta, donde había ya mucha gente que nos había precedido. A una señal empezó el redoble de tambores y luego apareció el Santo Padre, conducido en la Silla Gestatoria, por cuatro guardias de capa y espada impartiendo su bendición a toda la concurrencia. Fue un momento solemnísimos, cuando, olvidándose todos del lugar Sagrado en que **estaban, gritaban a todo pulmón: "Viva il Papa Re!!!!" Yo también grité lo mismo** y una lágrima de emoción apareció en todos los rostros. El Papa con suma reverencia. El Coro del Vaticano, compuesto de jóvenes con voces mas bien femeninas, se oyó en ambas misas y luego el Papa volvió a tomar la Silla Gestatoria y desapareció por donde había llegado impartiendo a todos su bendición.

Ese mismo día recibí la visita del Secretario de la Legación de Nicaragua, que había vuelto del campo y se admiró de que yo hubiera ya conseguido la audiencia pontifical; pero me dijo que había arreglado con el Cardenal Rampolla, una entrevista en los apartamentos particulares de este, a las ocho de la noche. En efecto, a las ocho en punto o poco antes, se presentó a sacarme al Hotel de



La Minerva. Nos fuimos al Vaticano, y fuimos introducidos inmediatamente a la antesala del Cardenal. A poco se abrió una puerta y un sacerdote muy alto, de talante respetable, ni joven ni viejo, nos salió al encuentro: era el Cardenal Rampolla en persona. Quise besarle el anillo, pero él no me lo permitió y me hizo sentar a su lado, en una canapé forrado de seda roja, como eran las paredes y los otros muebles del salón y me empezó a hablar en el más puro español. Aquel hombre que al principio me pareció tan grande y respetable, me infundió confianza y se me quitó el miedo y comenzamos a platicar como camaradas.

Lo primero que me preguntó fue como había caído el nombramiento de Monseñor Pereira, como Obispo. Yo le respondí que el nombramiento no podía haber sido mas acertado y que yo había tomado parte muy principal en ese nombramiento y que era, a todas luces, lo mejor que pudo haber hecho la Santa Sede, a despecho de la oposición de Zelaya. A propósito, me dijo, creo que el león no es tan fiero como lo pintan. Así es, le dije. Sabiéndole llevar, Zelaya puede ser un buen gobernante. Yo sé que usted es un gran católico, me dijo, y de seguro llegará a ser Presidente de Nicaragua y entonces vamos a hacer un Concordato favorable a la Santa Sede y a Nicaragua.

Si llegara a suceder, le repliqué, que yo sea Presidente, Su Eminencia tendrá muchos años de haber llegado a Papa. Se puso a reír y dio por terminado la audiencia. En efecto, muerto León XIII, el Cónclave eligió como Papa al Cardenal Rampolla, pero como era francófilo, el representante de Austria hizo uso del veto a que tenían entonces derecho España, Francia y Austria. Anularon la elección y resultó electo el Cardenal Guiseppe Santo, con el nombre de Pío X.

Este Papa abolió inmediatamente el derecho de veto con el que defraudaban los derechos de la mayoría de los Cardenales.

Después de la visita al Cardenal Mariano Rampolla, Narcisa se ocupó de comprar muchos rosarios que los hizo por el Papa, del que trajimos también su bendición.

Se compra para esto una estampa del Papa, con una bendición impresa en la misma tienda, que se encarga de recoger la firma del Cardenal encargado de estas bendiciones. Muy largo sería enumerar todo lo que vimos en Roma. Habría que gastar muchos pliegos; basta decir que nos pareció soberbio. Lastima fue que ya no pudimos volver a verla.

Las Catacumbas son galerías subterráneas debajo de la ciudad de Roma; probablemente son de esas canteras de donde sacaron la piedra para esa gran ciudad. Hay que ir con un guía, pues puede perderse uno adentro y eso equivale a morirse de hambre. Un fraile dominico francés nos condujo y nos enseñó todo.

Previamente nos vendió una candelita de cera para alumbrarnos, porque hay completa oscuridad. Cuando pensamos en los primeros cristianos que se reunieron clandestinamente a orar en la soledad de las catacumbas, recordábamos cuanta sangre de mártires se derramó allí por los soldados romanos. El fraile francés me hizo comprarle un frasco de eucaliptos, fabricado por ellos.

Nos fuimos a Nápoles en donde solo pudimos encontrar un guía que hablaba francés. La parte nueva de Nápoles es muy hermosa. Visitamos el antiguo convento de San Mariano y nos enseñaron las celdas de los frailes a quienes encerraban para no salir más cuando cumplían 80 años. Allí tenían todo lo que podían necesitar; desde cama y lavatorio, hasta mesa y excusado. La comida se la pasaban por una tronera.

El Vesubio estaba en actividad y desde nuestra ventana del hotel, podíamos ver la erupción. Fuimos con el mismo guía a Pompeya, pasando por el pueblo de Torre del Greco, en donde se fabrican los mejores macarrón, que se comen en el mundo. Pompeya es una ciudad destruida por el Vesubio, junto con Herculano, al principio de la era cristiana. La están desenterrando y los edificios y calles eran tal y como eran antes del terremoto, pero desiertas e inhabitadas. Puede uno entrar y salir de las casas particulares, pero llegamos a una sobre la que nos dijo el guía que las señoras no podían entrar porque era una casa de mujeres públicas, con pinturas obscenas.

Anduvimos en las calles y visitamos el Coliseo. Visitamos el cementerio de Los Cartujos. Estos frailes no hablan ni entre ellos mismos; todos los días tienen que sacar una palada de tierra para su sepultura y cuando ya han cumplido los años de muertos que requiere la ley para ser exhumados, vuelven a armar los esqueletos, les ponen el hábito y los colocan junto a otros en un corredor especial que también visitamos.

Volvimos a Nápoles y a Roma y nos fuimos a Génova. Nos hospedamos en el Hospital Isota. Allí nos fue a buscar doña Nina de Mántica, cuando nosotros andábamos viendo el cementerio, que es uno de los mejores del mundo por sus monumentos de mármol. Entre todos, descuella el de una vendedora de frutas que a su muerte tenía tanto dinero, que pudieron sus deudos erigirle un magnífico mausoleo. Doña Nina nos hizo prometerle que iríamos, a su pueblo Diano Marino y cumplimos la palabra. Conocimos a su madre que aún vive y como allí estaba don José, fui con él a buscar a don Juan Gorlero. Este señor era una capitán de buque que se quedó en El Realejo y se fue a vivir a Chinandega; era viudo y contrajo segundas nupcias. Don Juan y su señora pusieron una pulpería y se hicieron muy ricos, pero tuvo la desgracia de llamar a un hijo del primer matrimonio y este acabó con todo. El año de 1881, lo encontré en París acompañado de don José Mántica, aún muy joven pero emprendedor y pronto fue él el patrón de don Juan. Los Palacio lo repatriaron ya viudo y pobre.



Cuando llegamos a Diano Marino a la misma casa que ocupaban don Juan y una hija de él y las hijas de esta, lo encontramos solo en su cuarto, ciego y con una vestido muy pobre. Cuando Mántica **le dijo: "Aquí viene a visitarlo don Santiago Callejas", se levantó de su asiento y exclamó en castellano: "Ahora sí que me voy a mi tierra, porque don Santiago mi amigo, me va a llevar. Muy conmovido yo tuve que decirle una pequeña mentira; que iba a Roma y que a la vuelta me lo llevaría. Que cosas del destino, que Dios hace reconocer. Cuantas veces comí opíparamente en casa de los esposos Gorlero y qué triste lo encontraba allí en un pueblo de Italia. Don Gorlero murió poco tiempo después y su hijo Juanito, también murió en un pueblo de las Segovias, descalzo y en la mayor miseria y desamparo.**

De Diano Marino entramos de nuevo a Francia por la Riviera, pasando por Menton, Mónaco y Marsella, Cotta y Lourdec. Aquí, otra vez, estaba Narcisa en su chapupa. Gozó indeciblemente visitando esos famosísimos lugares en donde la piedad cristiana se deja ver en todo su esplendor. No quería ella salir de la gruta que ya todos conocemos por haber visto muchas fotografías. Allí se dice misa desde las cinco de la mañana, pues el sacerdote que dice la misa le está ayudando otro sacerdote que va a decir misa enseguida. Sobre la Gruta y en la Basílica, una encima de la otra y en todos los altares de las iglesias, hay sacerdotes diciendo misas. En la gruta hay muchísimas muletas, que las han dejado peregrinos que se han curado. Hay una oficina que controla los milagros, examinando al enfermo antes y después de haber sido curado. Narcisa compró docenas de rosarios que los pasó por la gruta y con los que quedó muy bien con sus múltiples amistades y comadres en Nicaragua. Puedo asegurar que todo ese gran viaje hasta volver a París no nos costó arriba de \$1,200.00 porque yendo conmigo, con seguridad, viajábamos decentemente y con economía. Pensamos en volver y en París nos juntamos con mi hermana María y con la niña Trini Cardenal. Mi amigo don Alcibiades Fuentes me habían recomendado que trajera a sus hijas Anita y Clarisa, que estaban en un Colegio en Rugby, Inglaterra. Las hice a París. Estábamos hospedados en un apartamento propio en el número 80 de la Calle Lafayette. Estaba en París otra amiga nicaragüense, Hercilia Gabuardi.

**Tomamos en Cherburgo el vapor alemán "Columbi". Un camarote para María, Trinidad y Clarisa Fuentes. En otro camarote, Narcisa y Anita, y yo con un desconocido. Desde que salimos de Cherburgo, nos azotó un tiempo pésimo; las olas pasaban sobre el techo de vidrio del comedor, que era en forma de rotonda. De 600 pasajeros de primera, apenas llegaban al comedor una docena, entre ellos Narcisa y yo. En la mañanita cuando me levantaba, era para ir al camarote de los compañeros a preguntar como habían pasado la noche y qué era lo que querían**

tomar. **Clarisa Fuentes me contestaba invariablemente, "Champán", y acto continuo se lo llevaba yo. Una mañana encontré inundado el camarote de las señoritas. "Figurase, me decía la Niña Trinidad, que saqué la estampa de San Cristóbal, abogado de los navegantes y he amanecido toma empapada con el mar que se nos metió", y yo le contesté: "El tuvo la culpa porque no ha podido calmar las olas".**

Así llegamos por fin a Nueva York. Cuando pudimos salir sobre cubierta, vimos la chimenea del vapor blanca, porque las olas, al dar contra ellas en las ladeadas que se daba el vapor, hacían que la sal se cristalizara sobre sus paredes y las tenía blancas.

**En Nueva York, supe que el vapor "San Blas", que iba directo de Panamá a San Francisco, saldría al mismo tiempo que el costero que iba a Corinto, pero si yo lograba que la compañía lo hiciera tocar en Corinto, economizaríamos por lo menos cerca de tres días. Éramos 17 pasajeros para Corinto. Me fui a la oficina de la compañía y rotundamente me dijeron que no. Les alegué que yo era el Ministro, encargado de la cartera de Fomento; que había firmado el último contrato entre la Compañía y el Gobierno de Nicaragua y que esto lo podían constatar revisando sus archivos. Cuando les dije esto, cambiaron de tono y me dijeron que al día siguiente me darían la contestación.**

Así fue. Recibí una carta de la Compañía, diciéndome que en atención a haber sido yo el Ministro que les dio el ultimo Contrato, el **"San Blas" tocaría en Corinto solo para desembarcarnos. Como me lo prometieron sucedió y el "San Blas" tocó en Corinto y los mismos Palazio, los agentes de la Compañía, se admiraron de que yo hubiera conseguido la concesión de que nuestro vapor tocara en Corinto.**

En 1898, los Gobiernos de Honduras, presidido este por el Dr. Policarpo Bonilla; el de El Salvador, presidido por don Pedro Escalón y el de Nicaragua, del que era Presidente el General Zelaya, hicieron un Pacto por el cual fundaban, con los tres Estados, la República Mayor de Centroamérica y convinieron en que una Asamblea, compuesta de 20 miembros por cada sección, daría la carta fundamental de la nueva entidad. En efecto, se reunió la Asamblea en Managua, siendo electos diputados por la Asamblea de Nicaragua, los doctores Joaquín Sansón y Gabriel Rivas, José F. Aguilar, Alejandro Baca, Juan Manuel Arce, Manuel Maldonado, Tiburcio Bonilla, Gregorio Abaunza, Leopoldo Ramírez Mairena y los señores, General Francisco Guerrero M., Félix Pedro Zelaya, Genaro Lugo, Francisco Zamora, Alberto Gámez, José Pérez, Drs. Manuel Coronel Matus, Gustavo Guzmán y yo.

Por Honduras había hombres muy competentes como los Drs. Alberto Membreño, Rómulo Durón, Ángel Ugarte y por El Salvador, los doctores José Rosa Pacas, Francisco Castañeda, Moreira Hernández, Samayo y otros.



Tres delegados, uno por cada Estado, conformarían el Gobierno Provisional que se reuniría en Amapala. Nicaragua nombró al doctor Manuel Matus; Honduras al doctor Ángel Ugarte y El Salvador al doctor Salvador Gallegos.

El día señalado se instaló en Amapala el Gobierno Provisional y yo me había ido con la Delegación de Nicaragua, por mera afición al arte y sin nombramiento alguno. En la primera sesión de los delegados o sea el Gobierno Federal, me nombraron Secretario General, lo que equivale a Ministro General.

Comencé mis tareas activamente, haciendo designar al Departamento de Chinandega como Capital Provisional de la República Mayor, alegando que allí la vida es mas barata y que ponía a disposición del Gobierno mi hermosa casa de habitación para el Palacio Nacional Provisional y residencia del Gobierno. Hice nombrarla Alberto Gómez, Tesorero General y Fiscal General de Hacienda a mi amigo Torres, y por último, convine con don Ángel Ugarte en que iría con el a conocer Tegucigalpa y a mis numerosos parientes allí residentes; pero no contábamos con la huésped.

El día que íbamos a salir para Tegucigalpa, recibimos un telegrama del Gobernador de La Unión, participándonos que el General Tomas Regalado se había levantado en armas en El Salvador y que su primer acuerdo fue desconocer a la República Mayor. Resolvimos trasladarnos a la Unión para organizar la defensa.

Allí encontramos a los Generales leales salvadoreños que nos esperaban. Se nos juntaron los Ministros nombrados en propiedad. Mandamos a ocupar San Miguel con la pequeña fuerza salvadoreña, nicaragüense y hondureña de que disponíamos y tuve el primer rifirrafe con el delegado de El Salvador, por el nombramiento de General en Jefe. El quería al renco H. Villavicencio y yo al General Terencio Sierra. Yo triunfé y Sierra fue nombrado General en Jefe. Llegó Sierra, pedimos más gente a Zelaya y se hizo el sordo. Yo me regresé a Nicaragua y la República Mayor se disolvió después de un combate en Usulután.

Lo único que ganó Chinandega fue el mejoramiento de mi casa de habitación, en lo cual gasté de mi bolsa, como 400 pesos. En lo particular no salí **perdiendo en "la zanganada", como la llamaba mi amigo** Adán Sáenz, pues en Amapala estuve hospedado en la Comandancia, siendo comandante don Manuel Ugarte, hermano de don Ángel y en La Unión me pagó Tesorería, en puras bambas de plata, mi sueldo de Secretario General del Gobierno Federal.

Ese mismo año de 1898, el 24 de Diciembre, vísperas de la Navidad, me nació una niña muerta, que llamamos Gregoria por ser el santo del día. Por esos mismos días murió mi suegro don Cleto Mayorga, pero me abstuve de darle la noticia a Narcisa.

En 1899 fui diputado por Chinandega a la Asamblea Nacional y concluí mi período; pero como estuve en contra del gobernante en lo que no me parecía bien hecho, Zelaya no quiso que me reeligieran, diciendo que no tenía buena rienda y que además era muy poderoso.

Después le oí decir a él mismo, que todo el mundo era libre cuando se trataba del fuero interno.

El año de 1900 hice viaje a Europa junto con el cura de Chinandega, Presbítero don Macario Vargas. Dispuse, de acuerdo con mi mamá, llevarme al Colegio a mis hijos Santiago, Narciso y Ernesto de 14, 12 y 10 años. Cuando mamá vio que la cosa era seria, me dijo que Ernesto estaba muy chiquito para llevármelo, pero yo le contesté que era cosa resuelta y que me los llevaba a todos.

**Nos embarcamos en Corinto en el vapor "City of Panamá" y con nosotros iba Julio D´Arbelles. En Colón tomamos el vapor "Alamo". En Nueva York les compré ropa nueva de casimir y ropa interior de lana. En Nueva York tomamos el vapor Alemán "Kaiser Friedrich" de la Línea Hamburguesa Americana. Recuerdo que comíamos en un saloncito especial, con la gente menuda. El padre Macario me dijo un día que quería comer de un plato que parecía muy sabroso que le habían traído a una persona que estaba a su lado. Yo le dije, "muy bien Padre, pero antes quiero decirle lo que es ese plato, que Ud., dice ser tan sabroso: pues son ranas". "Ah, no me diga, respondió el Padre. Ya no quiero que me lo pida".**

**El “Kaiser Friedrich” nos desembarcó en Cherburgo e inmediatamente nos fuimos a París y nos hospedamos en el Hotel Indo Hollandais.** Era el año de la Gran Exposición de París y todos los hoteles estaban repletos, pero mi corresponsal don Federico Hirtz, nos había conseguido alojamiento en ese hotel, que quedaba en la Rue d´Hauteville, cerca de su oficina y de los grandes boulevares. Pasamos la noche, y después del desayuno dispuse llevarlos a todos a la Gran Exposición. Era el 14 de Julio y tomamos todos un coche que nos dejó a la entrada. ` Pagamos la entrada y me dirigí **al Padre Macario y le dije: “Vamos a ver poco a poco la exposición. Yo iré adelante, los muchachos en medio Ud. detrás, para evitar que nadie se quede y se pierda”.**

Así vimos el primero y el segundo salón, que eran esculturas. En el tercer salón había solo cosas de iglesia, capas, casullas, Santos, altares a la cual más lindos. El Padre abría la boca embelesado. Vamos a ver, le dije, si todos van completos. Pasando revista, faltaba Santiago.

- ¿Dónde está Santiago?, Padre Macario, le dije con tomo fuerte.
- No sé, Señor. Yo me quedé viendo los objetos del culto y no se donde se quedó ni para donde cogió.
- Pues vamos afuera todos, a los jardines, para ver si no se ha ido por allí.
- Pero nada, y lo peor era que el muchachito no hablaba una palabra de francés.
- Quédense aquí todos, les dije. Yo me voy a volver al hotel para ver si no ha llegado por allí; pero como el hotel estaba tan distante esa esperanza era muy remota. Cogí el camino a pie, para ver si lo encontraba en el camino. Nada.

Muy cansado llegué al hotel y cual no fue mi sorpresa cuando lo primero que veo es a Santiago.

- **Muchacho de porra...! le dije! Que aflicción la que he tenido! ¿Y como te perdiste?**
- Pues me quede viendo algo que me interesaba y cuando me vi solo, los busqué y no los encontré. Entonces me salí de la exposición y seguí para atrás el camino que llevó al coche, y di con un hotel.

Me volví a bajar con el y nos volvimos a la exposición. Como ya era hora de almuerzo, lo tomamos en uno de los restaurantes dentro del recinto, no sin haberme juntado con los que dejé adentro.

Seguimos toda la tarde viendo las maravilla de la exposición y cuando ya eran las 8, les propuse a mis compañeros ir a ver los fuegos artificiales, que por ser el 14 de julio iba a haber en el Jardín de las Tullerías. Así fue y como a las

11 salimos hacia la Plaza de la Concordia y la Rue Royale, hacia la Magdalena y los Boulevares; pero en ese instante salía toda la gente de la exposición, que juntándose con los que salíamos del jardín de las Tullerías, hicimos un gentío inmenso. Ya en la Rue Royale se hizo una tremolina y la gente empezó a vociferar y a empujar. Yo tome a los más pequeños de la mano.

Pronto desaparecieron, el padre, el mudo, Santiago y Angelito. De repente me vi empujado hacia una camioneta que llevaba gente adentro y en Imperial. Me arrimé a los caballos para capear el tumulto que empujaba.

Mi miedo era que se fueran a caer Narciso y Ernesto y me los matara el **torbellino de gente. Un pasajero de la Imperial de la camioneta me dijo: "Señor, esos niños corren el peligro de ser aplastados. Pásemelos y yo cuidaré de ellos"**. Mil gracias, le dije y se los pasé. Por el momento los tenía en seguridad y yo me quedé pegado a los caballos, desafiando el peligro.

Poco a poco se fue calmando el torbellino; la multitud se fue arralando y bajé a los niños, no sin haber dado expresivas gracias a aquel buen caballero que me había ayudado tan **eficazmente a salvarlos. "Volvamos a la Plaza de la Concordia", les dije; y así lo hicimos, y cuando ya se podía transitar cómodamente y sin peligro a la Rue Royale, nos encaminamos al Boulevard. Al pasar por el "Grand Café", me dijeron los niños: "Nos estamos muriendo de sed. Tomemos un refresco". Nos sentamos y pedí tres refrescos. Tomándolos estábamos, cuando... ¿Quién había de pasar...?. El Padre Macario...! Me abalancé sobre el, lo detuve y lo senté. Había recuperado a uno.**

Seguimos la caminata a pie hasta el hotel y ¡Oh sorpresa! : allí estaba Santiago. Le pregunté que como había hecho para que no lo aplastara la multitud **y me dijo: "A empujones me echaron sobre la acera ancha. Vi una ventana con barrotes de hierro y de un salto agarré uno de ellos y así colgado, veía pasar a la gente hasta que se fue arralando y entonces cogí el mismo camino de la mañana y llegué al hotel"**.

- Pues ahora a acostarse, les dije.

Me faltaban dos: el Mudo y Ángel. Me dije: son las dos de la mañana. Me voy a la calle a buscarlos.

En efecto, bajé y salí al Boulevard. Me dirigí al primer agente de Policía que encontré y le conté el cuento. Vea, me dijo. Vaya al Comisariato de Policía, que queda cera, y pida que le busquen a los niños perdidos. Yo no me puedo mover de mi puesto y por eso no le puedo ayudar. Me fui al Comisariato del barrio y conté el cuento. Vea, me dijeron, eso sucedió en otro barrio, donde nosotros no tenemos jurisdicción. No le podemos ayudar pero vaya al Comisariato del barrio donde usted perdió sus niños y allí le van a ayudar. ¿Y donde es este



Comisariato?, les dije. Pues en la Rue Saint Honoré, es decir, cerca de la Plaza de la Concordia.

No había un solo coche y para allá me dirigí a pie. Y va de andar por el ancho boulevard. En la plaza de la Opera encontré unos policías, con revólver fajado, pues eran los dos de la mañana. Me dieron las señas del Comisariato de la Rue Saint Honoré y para allá seguía. Fue entonces que me acordé de las tarjetas que había dado a hacer en Italia y que tan buenos servicios me habían **prestado allá y que decían: "SANTIAGO CALLEJAS. Ancien Ministre de la Guerre – Ancien Ministre de Finances. Republique de Nicaragua"**.

Llegué a Comisariato y al primer empleado que encontré le dije que le pasara la tarjeta al Comisario de Policía y que quería hablar con él.

Casi inmediatamente se presentó otro empleado y me dijo que era el Secretario del Comisario de Policía. Me preguntó qué se me ofrecía y que estaba **a mis órdenes. Jadeante le conté el cuento y con vehemencia me dijo: "Vea Señor. En París nadie se pierde. Sus niños andan vagando por las calles. Es verdad que ha habido la tremolina que usted relata, pero dichosamente no ha habido un solo muerto... solamente mujeres desmalladas por el miedo. En 1848,** agregó, cuando el casamiento del Duque de Berry, sucedió la misma cosa y hubo 200 muertos, pisoteados por la muchedumbre. Ya se le va a avisar al Prefecto de Policía, para que de orden a todos los Comisariatos de París, para que busquen a sus niños. Mientras tanto, de nada le sirve a usted andarlos buscando. **Váyase a su hotel, que quizá cuando usted llegue, ya sus niños estarán allí"**. Me volví al hotel que estaba quizá a unas dos millas de distancia y cuando llegué al cuarto, ya estaban allí el Mudo y Angelito.

Angelito me contó que en medio de la tremolina, el Mudo comenzó a volar puñetazos a diestra y siniestra, hasta que alguien le pegó una bofetada en la cara, y entonces no le quedaron ganas de seguir lanzando puñetazos.

Al día siguiente, busqué al Ministro de Nicaragua, don Crisanto Medina, para entregarle a mi recomendado Daniel. Poco tiempo después, me dijo que íbamos a visitar el colegio de sordo mudos y que ya tenía el permiso del Ministerio de Instrucción Pública.

Llamó a un niño delante de un pizarrón y le hizo unas cuantas señas con las manos. El niño puso una multiplicación y la ejercitó correctamente, pero nos dijo que no podía recibir a Daniel por haber sobrepasado la edad a que lo podían recibir. Parece que el Ministro lo puso a aprender a sastre.

Yo llevé a mis muchachos al Colegio de la Maison de Melle y previamente a Eccloo a casa de los Willems, a quienes quedaron recomendados, mientras yo me fui a hacer compras a Hamburgo y Manchester. Nos juntamos en París con **el Padre Macario y emprendidos el regreso en el vapor "Kaiser Willender Grosse", para Nueva York. Allí tomamos el vapor "Advance" y en Panamá, el "City of Sydney" para Corinto. Narcisa estaba muy triste** sin sus hijos y el año de 1902 le propuse que fuéramos a verlos. Ella me dijo que prefería no ir si no podía llevar a la Lolita, a la Mariíta y Alfonso, que tenían 10, 8 y dos años y medio.

Le dije que los llevara.

Cuando el General Zelaya supo de mi viaje, me llamó para decirme que tenía proyectado un viaje de su esposa, doña Blanca y sus hijos a Europa, pero que no podían pasar por Panamá, porque ese Gobierno era su enemigo y que era preciso que nos fuéramos por la vía de San Juan del Norte. Yo acepté y emprendimos el viaje en 1902. Ibamos por parte de Zelaya, doña Blanca y sus hijos: Carlos, Berta, Isabel, Leonor y Emilia. Llevaban de compañera a Doña Julia de Subiría. De mi parte iban Narcisa, Lolita, María y Alfonso y la señorita Chanita Castillo y Justo Rivas. También iban don Salvador Cardenal, su esposa doña Isabel, la señorita Amanda Downing, hoy Madre Catalina y la señorita Serafina Lacayo.

El viaje a San Juan del Norte fue rapidísimo gracias al general Zelaya.

En San Juan del Norte, el remolcador **"Rosita" atravesó la barra y ya nos esperaba para llevarlos a Nueva York, el vapor alemán "Aline". Este era un vapor pequeño.** Recuerdo haberle preguntado al Capitán, que en cuantos años podría ser Capitán del gran trasatlántico Deutschland. Hubo mucha marejada, el mar muy agitado. Una noche, una ola se nos metió por la tronera del camarote y baño a la Lolita que dormía en el camarote de arriba. Sin embargo, llegamos sin novedad a Nueva York y nos hospedamos en el Hotel Westminster. Traté de conseguir pasajes en un vapor que nos llevara a Bélgica, a donde iba doña Blanca y a donde yo quería ir, porque allí tenía a mis amigos Willems y conseguía **pasaje para todos en el vapor "Zeeland" de la Red Star Line, no muy ligero ni muy rápido, pero grande y seguro.** Cuando llegué al hotel y comuniqué a doña Blanca lo que había hecho, me dijo que antes de tomar ese vapor quería ir a verlo para ver si le gustaba. La llevé al muelle donde estaba atracado el vapor y me dijo que no le gustaba porque era muy feo y que aunque yo tuviera pagados los pasajes, ella no lo tomaría.

Allí me tienen en un conflicto. Por una parte, todos los pasajes pagados en el vapor **"Zeeland" y por otra la señora Zelaya a quien no le gustaba ese vapor.** Por fin resolví quedarme en Nueva York y ver si la compañía me devolvía el dinero. Fui a la compañía y me dijeron que no podían devolverme el dinero, pero si podían cambiarme el vapor por otro mas lujoso, de la misma compañía: el

**“Pennsylvania” que saldría pocos días después, pero que había que pagar más caros los pasajes.** Le propuse entonces a Narcisa que se fuera a Amberes con los niños y Justo, y que yo me iría con doña Blanca y comitiva en el vapor **“Pennsylvania”, que iba a Plymouth, aunque mi pasaje me costara más dinero.** Narcisa aceptó y también doña Blanca. Fui a dejar a Narcisa y a los míos al vapor **“Zeeland”.** Lo vi partir y yo me quede en Nueva York. Poco días después me **embarqué con doña Blanca y mi familia en el vapor “Pennsylvania” y sin novedad,** llegamos a Inglaterra.

En Londres encontramos a Monsieur Cousin, papá de doña Blanca. A él se la entregué con sus hijos y doña Julia y yo me crucé a Bélgica, a donde habían llegado los míos sin novedad. Por lo menos me costó cien dólares mas mi pasaje, pero así se quedó.

De Eccloo nos fuimos a París y nos hospedamos en un hotel, cuyo nombre no recuerdo, pero que quedaba cerca de la oficina de Monsieur Hirtz, mi corresponsal.

Por supuesto que en Bélgica ya habíamos visitado a mis muchachos Santiago, Narciso y Ernesto y a Angelito Navarro. Yo me fui a Hamburgo y a Manchester, a hacer mis compras y de regreso a Bélgica me dijo Narcisa que ella quería quedarse en Europa a pasar el invierno con sus hijos y que yo me volviera solo a Nicaragua.

Estaban en Europa mis amigos don Rosendo López, de Rivas y don Mariano **Navarro, de Chinandega; junto con ellos arregló en el vapor “Finland” que salía de Amberes para Nueva York.**

El día de la partida estaba muy impresionado. Casi se me salían las lágrimas, pero como debía volver al año siguiente de 1903, para llevarme a la familia, Bertha Willems me consoló, diciéndome que ocho meses que pasaban muy pronto y que pronto estaría de regreso. Hablé con Madame Willems, para ver bajo qué términos se podía quedar Narcisa, las dos niñas y Alfonso en su casa y me contestó que en otras circunstancias no me habría cobrado nada, pero como habían perdido mucho dinero en Venezuela, iba a tener que pagarle cinco francos diarios por persona, aún Alfonsito, que apenas tenía tres años. Convine en pagarle eso. Lolita y María iban a quedar en el Colegio de Notre Dame des Espines, que quedaba pegado a la casa de Willems; muy hermoso colegio, con enseñanza en francés.

**La comida del vapor “Finland” resultó espléndida. Convinimos don Rosendo, Mariano y yo, que todos los días, uno de nosotros por turno, pagaría una botella**

de vino y todos los días, después del banquete de la comida, don Rosendo **exclamaba: "¡Francamente... esto y más merezco por mis recados...!"**

Diez días tardamos en llegar a Nueva York. Llegamos bien a Chinandega y mi mercancía se vendió rápidamente, de manera que pude estar listo para salir de regreso el 4 de Junio de 1903. Mi amigo Juan Rafael Navas me confió a su hermano Emilio para llevarlo a Bélgica y mi hermana Mercedes, a Domingo.

Una vez en Panamá, tomamos al día siguiente de nuestra llegada el vapor **"Saratoga" para Nueva York, a donde llegamos un martes. Inmediatamente, el jueves siguiente tomamos el vapor francés "La Lorraine" para el Havre, a donde llegamos el 24 de Junio y ese mismo día estábamos en París. El 25 a las dos de la tarde salimos para Bruselas a la Garudo Midi. Tomé un coche, dejé a Emilio en el Hotel de la Poste, bien recomendado, y tomé el tren con Domingo para Gante, en la Gare du Nord.**

Por ese tiempo, mi amiga Fanny Cottehall ya vivía en Ruysxlede, un pueblo de Flandes, casada con el Dr. Slock, médico de ese pueblo. La convidamos para que viniera con su hermana Ethel a pasar un día en casa de los Willems. Como viera en el jardín al jardinero que se arrastraba, arrancando la hierba y como sabía que Willem había estado por acá y había llevado una india de Venezuela, llamada Mara, creyó que era un animal de los raros de América, que se **arrastraba por el suelo y preguntó: "¿Qué animal es ese?"**

Después fuimos nosotros a Ruysxlede y almorzamos con la familia Slock Cottehall, y con el cura del pueblo que dijo un bonito brindis en francés.

Por este tiempo, un primo de los Willems, llamado Octave Berbeke, amigo mío, Magistrado de la Corte de Apelaciones de Brujas me invitó para visitar una casa de corrección de menores en un pueblo de Flandes Oriental, llamado Lochristi; pueblo que era la cuna de Madame Willems. Fue un privilegio para mi ir con un magistrado, porque de otra manera es muy difícil visitar estas instituciones. Llegamos, y el Director nos enseñó personalmente todas las dependencias. Talleres de todo. Sastrería, albañilería, zapatería, imprenta, etcétera. En la cocina cocinaban los mismos muchachos y en todas partes reinaba la limpieza y el orden. Ahora van a ver los lugares de castigo para estos muchachos tan insurrectos y tan difíciles de domar. Actualmente tengo a uno a pan y agua – nos dijo el Director – y ustedes van a verlo. Así fue, y entramos en un corredor. En medio de un cuarto pequeño estaba un muchacho de unos 15 años, parado en un ladrillo, en el centro de la pieza. Este muchacho no se menea de allí durante 24 horas, porque sabe que le iría muy mal; ni se sietes, ni se pone de cuclillas, porque hay un inspector que lo vigila. El Director le quitó llave a la puerta y entramos todos.

**“Fulano – le dijo el Director – tú descienes de una familia honrada, pero tus malos instintos te han conducido a este centro de corrección. Aún puedes salir de aquí siendo un artesano, si te corriges. Ahora tienes que sufrir este duro castigo por la falta que cometiste”.**

Salimos y el muchacho quedó parado en medio de la pieza.

De este pueblo salimos para Ruysxlede, en donde queda la corrección de muchachos a cargo de las monjas del Buen Pastor. También nos enseñaron todo el establecimiento, admirando el orden y la disciplina. En esa época me encontré en una calle principal de Gante con un antiguo Josefina que había salido voluntariamente de la congregación y se llamada Monsieur Urbina, ahora Monsieur Massart, empleado en un banco de la ciudad. Nos reconocimos mutuamente. Había sido mi profesor de Química y Física en Melle.

Un día de tantos, Narcisa me hizo notar que la enfermedad de María iba de mal en peor y resolvimos llevarla a Gante para que la examinara un doctor de fama, profesor de la Universidad.

Este la sentó en una silla alta y con un pequeño martillo de madera le pegó en la rodilla. La piernita no se movió. El doctor meneó la cabeza y nos dijo: **“Enfermedad de Friedriech. No tiene remedio”.**

Desde ese momento no tuvimos más gusto y resolvimos trasladarnos con ella a París. Nos fuimos. Estaba concluyendo sus estudios Constantino Herdocia y nos llevó con la enfermita donde uno de sus maestros, si mal no recuerdo, el doctor Louques. Fuimos a su clínica, desvistió a la niña, hizo la misma prueba del martillito, y sin haberle dicho nosotros nada del diagnóstico de Gante, nos dijo: **“Enfermedad de Friedriech. No tiene remedio”.**

Preguntamos como era esa enfermedad y nos explicó que era una especie de parálisis infantil, pero que mientras en la parálisis infantil el enfermo se va poniendo idiota, en la enfermedad de Friedriech el enfermo no pierde la inteligencia, sino que va perdiendo poco a poco el uso de sus miembros, hasta quedar completamente paralítico y al cabo de algunos años, sobreviene la muerte. Desde ese momento no pensé más que en regresar a Nicaragua con mi enfermita.

Desgraciadamente me encontré en París con un antiguo compañero de Colegio, Henri Malher de nacionalidad holandesa y en un almuerzo con él, hablando sobre la enfermedad de mi niña, me dijo que él no creía en enfermedades incurables; que había que consultar a otros doctores; que un amigo dentista conocía a un profesor de la Universidad y que, con su

recomendación lo iríamos a ver. Así fue. Fuimos a su consulta. Hizo andar a la niña y nada me dijo, sino que mandaría a un practicante a sacarle líquido de la columna y que después daría el diagnóstico.

Todo esto era pagado y me iba costando ya mucho dinero. Por fin, nada diagnosticó, sino que me dijo que íbamos a ir juntos a la consulta del famoso doctor Pierre Marie, para que examinara a la niña.

Pierre Marie, después de examinarla y de jalarme dinero, dijo que era bueno que fuera a tomar las aguas de Biarritz, balneario de fama que queda al sur de Francia, cerca de Lourdes. Esto le cayó a Narcisa como la sopa en la miel, porque si no se curaba con las aguas de Biarritz, iría a pedirle un milagro a la Santísima Virgen de Lourdes.

Resolvimos llamar a Bertha Willems y a Narciso para que acompañaran y ayudaran a Narcisa, mientras que yo iría a Manchester a hacer mis compras. Así fue, y ya se podrán imaginar lo que me costó ese viaje. Se fueron a Biarritz y en el hotel conoció Narcisa a un médico español que le dio esperanzas y medicinas, pero sin cobrar nada. Vuelto de Inglaterra, pasé de París a Biarritz y todos nos fuimos a Lourdes.

Allí nos hospedamos en el Hotel Soubrious de unos parientes de Bernardita Boubirous. Me confesé con un dominico, le ayudé a la niña y comulgamos todos.

Metimos a María a la piscina, recibió la bendición con el Santísimo, pero el milagro no se produjo. Acongojados, tomamos el camino de París. Hicimos escala en la ciudad próxima y allí en el hotel. Alfonsito nos hizo reír mucho. El criado, vestido de frac, que nos servía la mesa, era un viejito y como a los criados de la mesa se los llama "garçon" en francés, cuando en la comida lo llamé "garçon", que quiere decir "muchacho", Alfonsito me dijo en francés: "¡Pero Papá... no es un muchacho, es un viejo...!".

Pernoctamos también en Tolosa; llegamos a París y Eccloo. Desde entonces solo pensamos en volver a Nicaragua.

Escribí a don Jorge Lacayo para que nos tomara pasajes en uno de los vapores, Director de la Royal Mail, que van de Southampton a Colón. Ya estábamos en pleno invierno y había mucho frío. De esta manera, a la semana de haber salido, estaríamos en clima templado. Don Jorge nos tomó pasajes en el vapor "Treit", que saldría el 4 de Enero de 1904.

Yo me fui a Bruselas y de acuerdo con el Cónsul Monsieur Vallez, puse un aviso en un diario concebido más o menos en **estos términos: "SE NECESITA UNA NIÑERA PARA UNA NIÑA ENFERMA Y QUE QUIERA IRSE A NICARAGUA, GARANTIZANDOLE PASAJE DE VUELTA. ES CONDICIÓN INDISPENSABLE HABLAR FRANCÉS Y TENER BUENAS REFERENCIAS"**.



Contestaron como diez candidatas, pero Monsieur Vallez escogió una que contestó en buena ortografía francesa.

Como el 01 de Enero salimos de Eccloo para Osrende y en Brujas se nos juntó la niñera que teníamos contratada. Era la mujer más fea que entonces hubiese visto.

En Chinandega habíamos dejado cuidando la casa a mi dependiente don César Peñalba y a su esposa doña María y a mi hija Victoria, que tendría entonces unos 23 años. A esta le escribí participándole nuestro regreso con la niña enferma y contándole que llevábamos a una niñera joven y lindísima, pero que no lo contara porque los jóvenes de Chinandega se enamorarían de ella y me la sonsacarían. En Estende nos despedimos de Bertha Willems y del doctor Küissergruber y de su hija.

Londres estaba tétrico. El día 4 en la mañana que salimos para Southampton a tomar el vapor, había tanta niebla que no se veía uno la palma de la mano; el frío era intenso y todo nos presagiada tristeza.

**El vapor "Treint" no** era ni grande ni pequeño; quizá de unas seis mil toneladas de registro, pero desde que salimos del Canal de la Mancha nos agarró y muy mal tiempo. Se marearon todos menos Narcisa y yo. Salí al saloncito y la camarera me dijo que ese mal tiempo lo llevaríamos hasta las Azores y así fue. Cuatro días después se calmó el mar y tuvimos buen tiempo, hasta llegar a las Antillas. Lola divertía a María y a Alfonso contándoles un cuento sacado de su cabeza, que nunca se terminaba. Alfonso se ponía bravo porque no entendía el inglés. Con todo, llegamos a Colón después de tocar en Jamaica, en Trinidad y algunos puertos de Suramérica. **En Panamá nos enteramos que el vapor "City of Panamá", que debíamos tomar para Nicaragua, solo tocaba en San Juan del Sur,** por lo que se me ocurrió la buena idea de pedirle a mi amigo el Presidente **Zelaya que me mandara el vapor nacional "Momotombo"** a San Juan del Sur, para conducirnos a Corinto.

**En efecto, tomamos el vapor "City of Panamá" y de allí transbordamos al "Momotombo" que ya nos esperaba** y que me lo puso a la orden su Capitán Rubén Navarro, pero al llegar a bordo con la familia, ¡Oh sorpresa...!; **estaban** allí Domingo y Gabriel Rivas, el doctor Julio Selva y mi hermano Rafael. Habían tenido la bondad de ir a encontrarnos. Así que pasaron los saludos de estilo, todos los que habían llegado buscaban con la vista algo que debía interesarles, hasta que el doctor Julio Selva me preguntó por la muchacha lindísima que **traíamos: allí está, le dije, señalando a Juana, la niñera. "¿iCómo...!?, exclamaron. Ese esperpento...?"**

**“Pues sí”, les dije y deberían haber visto el semblante de chasco que todos pusieron.**

Llegamos a Corinto y allí nos esperaban nuestros familiares. En Chinandega nos recibieron con una ovación y se cantó un Te Deum en la Iglesia Parroquial. En la noche, la casa fue muy visitada y cuando menos esperaba, Alfonso se apareció llorando, porque en el zaguán los muchachos de la calle le molestaban hablándole en inglés. Como él había venido en un barco de habla inglesa, creía que todo idioma que no entendía era inglés.

Era a fines de Enero de 1904.

La enfermedad de María iba en progreso. La abnegación de Narcisa era indescriptible. La niña quedó totalmente tullida.

En ese año contrajo matrimonio mi hija Victoria con don Salvador Rosales, novio que ya había aceptado yo en 1902 y que fue del agrado de Narcisa a nuestro regreso en 1904.

En su cochecito hizo María su Primera Comunión en el Convento de la Asunción. Y como la mercancía que compré en Europa en 1903 se vendió bien, en 1905 hice otra vez viaje a Europa en compañía de mi hermana María.

**Fue el vapor “Neuport” el que tomamos en Corinto y llevábamos de compañero a don Norberto Salinas y unos cuantos salvadoreños, caballeros y señoras.**

Yo llevaba recomendados para dejarlos en Nueva York a Frutos Paniagua, a Gerardo Baca y a Constantino Sansón.

El día antes de llegar a Panamá, una señora salvadoreña, muy alarmada, llegó a decirme que había dos muertos a bordo. Yo sabía que se había muerto un pasajero que iba en un camarote cerca del mío, pero al otro lado del salón, **y le dije a la señora que era uno el muerto. “No, me replicó, son dos; yo he visto los dos cadáveres en la popa que los están envolviendo en lona para echarlos al agua”.**

Le conté a Norberto lo que me había dicho la señora salvadoreña. Este se alarmó también y dijo que iría a interrogar al Capitán, pero antes le preguntó a uno de los camareros y este dijo que cada vez que iban a llegar a Panamá se morían los que iban enfermos para evitar la cuarentena.

A las ocho de la noche se desvió el vapor mar adentro; el Capitán sacó un libro e hizo un simulacro de oficio de difuntos y los dos cadáveres fueron **lanzados a la gran tumba del mar. En Colón tomamos el vapor “Advance” y en Nueva York el vapor “Zeeland” para Amberes. Estoy recordando ahora que fue hasta en este viaje que iban las señoritas Pastora Salgado, Carolina y Pacífica Álvarez.**

A mi hijo Narciso lo había trasladado a Inglaterra al Colegio de los Josefitas en Weybridge y dispuse traerlo a mi regreso, para que me ayudara en Nicaragua. En este viaje hice un recorrido por Holanda con mi amigo Fritz Malher.

En Arnheim me llamó la atención haber oído misa en una iglesia dentro de la cual, la mitad servía para el rito católico y la otra mitad para el rito protestante. Estuvimos en Róterdam, Ámsterdam, La Haya, Utrech y Barpladue.

**En Holanda comí lo que se llama "Filet d'Anvers", que no es más que carne de caballo ahumada, con jamón.** En Arnheim estuve hospedado en la casa de la madre de mi amigo. Me embarqué de regreso en el puerto alemán de Cuxhaven **en el gran trasatlántico "Deutschland" y en Dover (Inglaterra) de junté con Narciso.**

En Nueva **York tomamos de regreso el vapor "México". Sucedió que** en el muelle de Panamá hubo un caso de Beri-Beri, enfermedad de los negros que es muy contagiosa y peligrosa. En Corinto querían ponernos en cuarentena, pero como en Corinto era médico del puerto Roberto Mayorga, sobrino carnal de Narcisa, logré que nos dejaran desembarcar.

Regresé violentamente de Europa, saliendo de allá a fines de Agosto porque Narcisa debía ser madre. En Septiembre de ese año de 1905, me nació mi hijita Mercedes, y con ojos de padre la veía preciosa.

**Hacia el mes de Marzo de 1906, hicimos viaje a la finca "Bellavista",** donde ahora escribo. Traje a Narcisa, a Alfonso y a Merceditas en un coche muy fuerte de dos asientos que había comprado en Managua, con un par de buenos caballos desde Chichigalpa. Silvio me mandó una yunta de bueyes hasta donde **es hoy "Santa Narcisa" y así subió el coche por primera vez a "Bellavista", hasta el patio de la casa.**

Desgraciadamente Merceditas cayó gravemente enferma. Vino Domingo Rivas y resolvimos bajarnos. Domingo llevó en brazos, a pie, a la niña toda la bajada y luego tomamos el coche que había bajado con bueyes. Todo fue en vano: Merceditas murió en Abril.

Paso el año de 1906, sin que haya nada especial que recordar.

En 1907, Zelaya le declaró la guerra a Honduras siendo Presidente de esa República el General Manuel Bonilla. En Chinandega se organizaban las tropas que iban a la lucha. Don Tomás Lacayo era el Jefe Político y para que le ayudara a organizar me dio alta con mi grado de Coronel. Nuestra organización fue muy

eficiente. El General Nicasio Vázquez estaba en Somotillo con un Ejército y Zelaya me mando a Somotillo en una comisión privada. Llevé de ayudante a Marianito Montealegre Gasteazoro. De nuestras posiciones en Somotillo se podían ver los hondureños del otro lado de la frontera. Inmediatamente, nuestro ejército invadió Honduras y después de varios combates se situó en Namasigüe.

El formidable ejército salvadoreño se unió al de Honduras. Los emigrados nicaragüenses doctor Toribio Tijerino, General Rafael Hernández, conservadores y Paulino Godoy y Benito Chavarría también se unieron a Bonilla. Nuestro ejército se parapetó en las alturas de Namasigüe, siendo atacado por el ejército salvadoreño al mando del General Preza.

El General Terencio Sierra peleaba a nuestro lado. Santiago, mi hijo, que tenía 21 años se había venido de Europa; se enroló en los ejércitos nicaragüenses y peleaba en Namasigüe. Por primera vez se usaban ametralladoras modernas que tenía Zelaya. Apenas eran dos.

Preza echo a pelear lo mejor de su ejército y cada empuje fue rechazado en nuestras trincheras por el General Roberto González. Lanzó Preza a los cadetes salvadoreños y fueron aniquilados, declarándose en completa derrota. Nuestro ejército entró en Choluteca y Santiago volvió a Chinandega con los heridos y, según creo, lleno de horror por la matancinga de Namasigüe.

El caso es que Bonilla fue derrocado y en su lugar se puso a un amigo de los nicaragüenses.

Al llegar a Nueva York, un día antes tuvimos una tempestad horrorosa. En el gran salón, donde estaban congregados los pasajeros, nos caímos con todo y las sillas en que estábamos sentados y rodábamos hasta el extremo opuesto. El Capitán nos dijo después que esta había sido la tempestad más horrorosa que hubiera experimentado en su vida de marino. Sin embargo, en la mañanita se paró el vapor y al salir a la cubierta vimos que nos rodeaba una gran neblina y el mar estaba agitado.

Oí decir que el capitán mandó parar porque no sabía donde estaba. A poco apareció una lancha con piloto y el vapor se puso en marcha: estábamos a la entrada de Nueva York.

Traté de conseguir pasaje para Colón, porque estaba temeroso por Narcisa.

Tenía un presentimiento fatídico. Tomé pasajes en Primera Clase, si bien en la cubierta de abajo el pasaje costaba únicamente setenta y cinco dólares por persona.

Fui a ver a mi amigo Elías, que era Gerente del Banco Húngaro Americano.

Me recibió muy amablemente y me preguntó que en cual vapor me iba para Colón. **En el "Prince Joachim", le dije.**

- Por supuesto que usted va, me dijo, en el gran camarote de la cubierta de arriba, que vale unos trescientos dólares.

- **No señor, le contesté. Eso ni pensarlo...** es muy caro para mí. Es muy grande, con cama de bronce, baño, inodoro y un saloncito con sillas para recibir a los amigos.

- Pues en ese camarote se irá usted, repuso Elías.

- No señor!, le repliqué. Es muy caro.

- Pues no le va a costar ni un centavo más.

Llamó por teléfono a la Compañía y dijo: **“El antiguo Ministro de Hacienda de Nicaragua tiene tomado pasaje en el vapor “Prince Joachim”, pero yo quiero que le den el camarote de lujo de sobrecubierta.**

**“Con gusto”, contestaron, vale 300 dólares”.**

**“No, les replicó mi amigo. Ni un centavo mas de lo que ya ha pagado, que son setenta y cinco dólares”.**

- Imposible!, le dijeron.

- Pues si es posible, dijo Elías. Deme con el gerente de la Compañía.

Hablando con él, le dijo: **“Yo quiero que mi amigo don Santiago Callejas se vaya en el camarote de lujo del “Prince Joachim” sin pagar un centavo más.**

Yo oía la discusión y le decía que no insistiera. Por fin le dijo el Gerente de la Compañía que si no había quien tomara ese camarote me iría yo con él, y en efecto, en ese camarote me vine solo y todos los pasajeros me miraban con un gran personaje.

Al llegar a Panamá supe que ese mismo día zarpaba para Corinto en vapor **“San Juan”**. Sin equipaje corrimos al muelle de la Pacific Mail, pero ya el **“San Juan”** se había desprendido para esperar la tarde fondeado en la isla Flamenco. Busqué un bote que me llevara, pagándole muy bien y así abordamos el **“San Juan”**. Allí encontré un cablegrama de Narciso, comunicándome que Narcisa había tenido dos mujercitas. Yo iba desesperado con solo lo encapillado. En Corinto me encontró Narciso y me contó que Narcisa había tenido dos niñas preciosas, pero que no había quedado muy bien.

**Al llegar a la casa, mi hermana María me dijo con tono dramático. “Entra con prudencia donde Narcisa. No está bien”.** Entré, la saludé e hice entrar después a Ernesto.

Los médicos que la asistían, Julio Selva y Domingo Rivas, me dijeron que no era gran cosa lo que tenía Narcisa. Que la calentura persistente era paludismo. Pero mi corazón me decía otra cosa y al día siguiente llamé por teléfono a Luis

H. Debayle. Me contestó que no podía llegar porque doña Casimira tenía una flebitis, que en las mujeres es muy grave.

Llamé en seguida a casa del doctor Juan B. Sacasa y le dije que se viniera y llegó en el próximo tren de la tarde, e inmediatamente conferenció con los doctores Selva y Rivas e hizo un examen con el especulum y aún recuerdo haberle visto salir a mostrarle a los médicos que la asistían, una gota de pus, señal inequívoca de la infección.

Desde ese momento la alarma cundió. Le rogué al doctor Sacasa que se quedara todo el tiempo que fuese preciso aunque tuviese que abandonar su numerosa clientela en León. Comenzó el tratamiento activo con inyecciones antiestreptocóccicas y lavados. Se agotaron las inyecciones en Nicaragua y pedí a Costa Rica al doctor Leonardo Arguello y a El Salvador a mi cuñado Román Mayorga Rivas. La casa se inundó de amigos. Los telegramas llovieron. Durante la enfermedad de Narcisa llegó el Padre Adán Echevertz a la casa, a bautizar a las dos niñas.

Narcisa tenía pensado que la una se llamase Elisa, en recuerdo de mi hermana Elisa, y que la otra se llamase Adelina, en recuerdo de mi otra hermana llamada Adelina, pero yo le dije que no. Que consentía en que la una se llamase Elisa, pero que la otra debía por fuerza llamarse Narcisa. Ella se puso pronto de acuerdo conmigo y fueron bautizadas, la una, Elisa María del Pilar, siendo su madrina mi sobrina María del Pilar Rivas y la otra, con el nombre de Narcisa Adelina, siendo su madrina doña Mercedes Novoa de Rivas.

Entretanto, me llegó el equipaje que había quedado en Panamá, y un día que Narcisa parecía haber mejorado, me vestí con un vestido nuevo que me habían hecho en París y con semblante risueño me presente a la orilla de su cama. Ella me miró con ternura, pero su semblante me decía que no se sentía bien. El Excelentísimo Señor Obispo Pereira; el Padre Abel Ruiz, cura de El Calvario de Chinandega; el Padre Remigio Casco y otros, decían misa diariamente y por turnos en el cuarto de la enferma; ella comulgaba junto con varios miembros de la familia y conmigo en muchas ocasiones. Luis Debayle llegaba de cuando en cuando a verla y a recetarle. Las inyecciones intravenosas la tenían crucificada, porque se las ponían en los puños y en las arterias de **los pies. "Crucificada como Nuestro Señor", me decía ella.** Un día que la fiebre le bajo a la temperatura normal, le pregunté al doctor Sacasa que si podía ponerle un telegrama a Santiago, comunicándole que su mamá estaba fuera peligro y me contestó que no.

Entonces fue que le enseñé a Narcisa todos los primores que le traía de París, en ropa interior y aún le dejé varios camisones de dormir, para que los usara, pero nada de esto la reanimaba. La enfermedad implacable seguía mimándola y yo ya no quería entrar al cuarto. Pasaron la cama a un cuarto contiguo y me atreví a entrar. Estaba, al parecer, dormida, pero abrió los ojos y



**me dijo: "Ah.. vos aquí?. Ella tenía tos que me dijeron procedía del hígado. Voy a la Iglesia, le dije a violentar a Dios para que te mejore; pero ella, con una mirada triste me decía que no había remedio; que estaba lista y resignada. Era el 23 de Noviembre.**

Yo pasé la noche en una hamaca en el corredor. En la mañana vi que a Narciso lo despachaban a León. Era para traer a Luis Debayle con un aparato de producir oxígeno, porque Narcisa se asfixiaba. Le oí decir a la Niña Auxiliadora **Mayorga: "Dénle algo a este pobre hombre que se está muriendo de necesidad".** (Se refería a mí).

Escuché los labios de mi hermana María estas punzantes palabras: **"La muerte de Narcisa es ejemplar". Ya no cabía duda.** Narcisa se moría.

Entre al cuarto al tiempo que el Padre Ruiz entraba a decir la misa. Yo le ayudaba casi de arrastrada, en medio de sollozos. Debayle ya estaba administrando el oxígeno: eran las 8 de la mañana.

Ala hora de la comunión, me dijo el Padre Ruiz: **"Como que ya no hay tiempo". Si, le dije, tomé la candela y corrimos, se puede decir, a darle la comunión** que recibió perfectamente bien, y cuando yo me postré para recibir el cuerpo de N.S. ella exclamó: **"Santiago hasta en los últimos momentos me quiere dar gusto; Luis, hermano, consuélalo y dile que todavía no me le voy".**

**Concluida la misa ella se quedó como dormitando. "Santiago te va a ayudar a dar gracias", le dijo Luis y me hizo señas de** que tomara el libro y viera si me oía. Concluida la acción de gracias, salí de la habitación y me dirigí al salón, en donde día tras día rezaba con mis hijos y familiares la novena del Perpetuo Socorro. Rezándola estaba, cuando entró mi Lolita y me dijo **llorando: "Ya se murió mi mamita".**

Dejo a mis amigos y conciudadanos juzgar una corta vida de virtudes, **abnegación y dulzura y para eso me refiero al libro "Homenaje a la Memoria de doña Narcisa Mayorga de Callejas", que salió a luz el 24 de Noviembre de 1909,** editado en París, con la mayor parte de los discursos, actas, artículos de periódicos, etc., que se le prodigaron y que me lleva un prólogo del doctor Luis H. Debayle.

La casa se llenó de amigos, todos con semblante de dolor. Los primeros telegramas de condolencias, que me fueron entregados juntos, ascendían a más de cincuenta. El General Zelaya, en telegrama al Jefe Político le decía que permitiera cualquier manifestación religiosa en las calles, con motivo de los funerales. El Excelentísimo Señor Obispo se trasladó con su Clero para que los

funerales tuviesen todo el esplendor posible. Los telegramas, todos recibidos por mí, pasaron de 300. Hubo actas de condolencia de la sociedad y Asociaciones de León y Chinandega

En la iglesia Parroquial hablaron el Ilustrísimo Señor Obispo y el cura Presbítero Adán Echevertz. El discurso de Monseñor Pereira fue tan vehemente, sentido y elocuente, que me arrancó gritos de dolor. No lo pudo reconstruir el Señor Obispo, no obstante habérselo pedido, porque fue una improvisación arrancada del corazón y, por eso, no figuraba en el Homenaje.

El cadáver fue llevado en hombros por amigos conspicuos desde la Iglesia hasta la Estación del Ferrocarril y de allí se lo disputaron los amigos del pueblo hasta el Cementerio. El cadáver de mí querida compañera fue depositado provisionalmente en el mausoleo de mi hermana María y hoy reposa junto con Elisa, Amalia y Narciso, en la bella capilla de mármol que mandé erigir a venerada memoria y donde tengo ya señalado mi lugar para venir a ocuparlo de cualquier parte en donde se produzca mi deceso, lo cual quiero se cumpla al pie de la letra y bajo el juramento solemne que mis hijos han de prestar.

La misa de aniversario fue muy solemne. Se tomaron los cantos de varias misas célebres y el Requiem fue el de Salve.

Gasté en la enfermedad y funerales de Narcisa más de \$ 30,000.00 y la capilla me costó \$ 2,000.00 y pico de dólares. En Febrero de 1909, mi hijita María se quedó dormida para siempre después de las jaquecas que la afligían. Mi mamá se trasladó a mi casa, con el objeto de ayudarme en la crianza de mis dos criaturas Elisa y Narcisa y a fe que cumplió su cometido a las mil maravillas.

En 1910 pensé en volver a enviar a Europa a mi hijita Lola. La mandé con Narciso, pero este se regresó casi inmediatamente porque se enamoró de Sofía Opstaele, cuñada de Justo Rivas, que venía a Chinandega con su papá y su mamá. Pero hasta allí llegaron estos amores.

Hace época en la historia de mi vida, la comida que di en mi casa a finales de 1910 a los esposos Opstaele. Nada faltó. Fue espléndida en manjares, vinos, champagne y en su presentación. Asistió mi futura esposa Elisa Mayorga.

El año de 1911, pensé en contraer segundas nupcias y me prendé de una sobrina de Narcisa, hija de mi cuñado don Fulgencio Mayorga.

Consulté con mis hijos Santiago, Narciso y Ernesto y todos opinaron que una familia tan íntima de Narcisa era lo que mas convenía para la paz doméstica y para reemplazar a su mamá, en la crianza de mis dos huerfanitas. La boda se llevó a cabo en la Catedral de León el 14 de Junio de 1911, oficiando el Excmo. Señor Obispo Pereira y Castellón. Al día siguiente salimos para Europa en el vapor **"City of Panamá"**. **Nuestro itinerario era pasando a través de Costa Rica, o sea por Puntarenas, San José, Limón, para embarcarnos en este punto con destino a**

Nueva York, en uno de los vapores que van de la New York-Hamburguesa Americana. Pernoctamos en Puntarenas y llegamos a San José. Nos hospedamos en el Hotel Internacional en donde estaba mi amigo el General Nicasio Vázquez, a la sazón emigrado político. En la noche fuimos con varios nicaragüenses a la **cantina “La Dalia”, junto con el entonces delegado de Nicaragua, doctor Daniel Gutiérrez Navas, gran conservador.**

Pedimos champaña y al calor del vino entablamos una amistosa discusión política; una segunda botella, y la discusión subió de punto; hablábamos todos y un señor Colombiano que estaba en otra mesa pidió otra botella alegando que le encantaba la cordialidad con que discutíamos adversarios políticos. El siguiente día nos fuimos a Limón y tomamos el vapor **“Prince August Wilhen” que, pasando por Colón, nos llevó a Nueva York.**

Iban con nosotros mi hijito Alfonso y las niñas Ernestina y Virginia González, hijas de mi amigo el doctor Pedro González, notables por su belleza. Recuerdo que al llegar a Nueva York nos hospedamos en el Hotel Sevilla y un día llegó a visitarnos mi amigo el banquero señor Elías A. de Lima y se le iban los ojos viendo a Virginia.

Cuando lo acompañé a la puerta para despedirlo, me preguntó que si había muchas mujeres en Nicaragua **tan lindas como aquellas dos, y le contesté: “Son pocas las que no son iguales o mejores”.**

La Licha, que por primera vez salía de Nicaragua estaba maravillada con la ciudad de Nueva York. La llevé a Coney Island y daba gritos porque la monté en la Montañas Rusas y en el Water Shoot. Salimos **para Europa en el vapor “Kaiser Wilhelm der Zweite”, lujoso y rápido y** desembarcamos en Plymouth. La Lolita, que estaba en el Colegio de la Asunción, en Londres, se había ido a Bélgica, pero estaba Hercilia González, quien llevó a sus hermanas al Colegio. Yo me fui con Elisa para Bélgica, para presentarle a las Willems, que seguían siendo mis grandes amigas.

Fuimos a Bruselas y por últimos nos instalamos en el bonito balneario de Heyst. Por la tarde, mientras estábamos sentados en la acera, fuera del hotel, pasaron algunos de nuestros amigos Opstaele y le dieron la noticia a Sofía Opstaele que allá estábamos nosotros. Como se recordará, Sofía había sido novia pasajera de Narciso y llegó corriendo a vernos, quizá con la esperanza de saber de él. Allí pasamos una temporada deliciosa. Cada día íbamos al baño con las Opstaele y también a la Villa Magali, propiedad de don Julián Opstaele, el suegro de Justo Rivas. En este balneario dejé a la Licha y a la Lolita y yo me fui a

Hamburgo a hacer mis compras. Vuelto de Hamburgo, regresamos a Eccloo y de allí a Londres.

Mi hijo Ernesto se había casado también ese año don María Teresa Callejas, hija de mi hermano Juan y también habían hecho viaje a Europa, pero llegaron en el mismo **vapor "Kaiser Wilhelm del Zweite", en el viaje inmediatamente anterior.** Nos juntamos con ellos e hicieron conmigo el viaje a Hamburgo. Nos hospedamos en el Hotel Espland, muy aristocrático.

Los amigos Liebermann estuvieron muy gentiles con su antiguo dependiente Ernesto y fueron admiradores de María Teresa.

Volvimos a Hayst a concluir la temporada de baños y luego pasamos otra vez a Londres, para después ir a Manchester a hacer mis compras. Nos hospedamos allí en el magnífico hotel Great Western, que queda en la propia estación del F.C. y que tiene pensión, desde muy cara, con cuartos de lujo, hasta de doce y medio chelines diarios que fue la que nosotros tomamos.

De Manchester nos fuimos a Liverpool a tomar el lujosísimo trasatlántico **"Lusitania" que fue el** que hundieron los alemanes con todos los pasajeros en la gran guerra y fue la causa de que los Estados Unidos declarasen la guerra a Alemania, no obstante ser este un barco inglés. Antes fuimos a dejar a Lolita a su colegio en Richmond Yorks. Con nosotros vinieron en el mismo barco, don Emeterio Ruane y su señora doña Rosario. En Nueva York tomamos de regreso **el vapor "Zacapa", de la United Fruit y en Panamá, el vapor Perú hasta Corinto.**

Los conservadores que habían derrocado al régimen de Zelaya pronto se dividieron en menistas y chamorristas. Se bajaron al antes liberal Juan Estrada y pusieron a don Adolfo Díaz, con el apoyo siempre de los americanos. Hicieron el Pacto Dawwon, por el cual turnarían en la Presidencia los caudillos conservadores: Adolfo Díaz, Emiliano Chamorro y Luis Mena; pero cuando le llegó el turno a este último, Chamorro hizo proclamar candidato a su tío, don Diego Manuel Chamorro.

En este tiempo llegó al país una misión belga. Era esta una misión comercial encabezada por un señor Roma, allegado a la Corte de Bélgica. Llegaba en gasolina por El Tempisque y yo encabecé una comisión que fue a recibirlos, y aunque no había carretera hicieron llegar un automóvil para conducir a la comitiva a Chinandega. Fueron conmigo, mis hijos Santiago y Ernesto, Alberto y Ricardo López, Juan R. Guerra y otros Melistas. Cuando apareció la gasolina entonamos **"La Brabancne" en francés, lo que les causó muy grata impresión.** De El Tempisque salimos para Chinandega, unos en auto y otros a caballo.

El General Mena, desengañado de sus correligionarios, se levantó en armas en 1912, ocupando Granada y Managua. El Partido Liberal lo acuerpó y ocupó la Fortaleza de El Coyotepe, el Gral. Benjamín Zeledón.

Desgraciadamente en Chinandega habíamos caído en poder del Dr. Toribio Tijerino, de sus hijos y parciales. Un día se presentó en mi casa un oficial que me condujo a uno de los cuarteles. Ya estaban allí don Francisco Baca, su hijo Francisco, los coroneles Juan López, Cornelio Arauz y Adolfo Román, César Peñalba, Santiago mi hijo, el Dr. Rafael Rivas y otros, hasta completar diecisiete.

Mi amigo don Eduardo Deshon consiguió con don Toribio que me permitiera residir en su casa, para presentarme cuando él me pidiera. Una noche, una partida de chinandeganos asesinó en una emboscada al Oficial Santiago Rodríguez (a) **“Conejo” y le quitó los rifles que portaba la escolta que comandaba. Don Toribio** resolvió entonces mandarnos a Managua a los 17 reos políticos que tenía presos, dejando sin embargo al doctor Eduardo Montealegre y a Francisco Baca hijo; este último por enfermedad.

Don Toribio le pidió a Eduardo Deshon que me entregara y yo mismo me fui a la prisión donde pasé la noche. Era el 12 de Agosto de 1912.

Muy de mañana de ese día un tren **estaba listo con la locomotora “Nindirí”** que hacía el servicio a El Viejo, y la tomamos. No sé que malas noticias tendrían, porque el tren partió hasta en la tarde. Cada uno de los presos políticos llevaba un guardia con rifle. A mí me correspondió uno oriundo de Jinotepe que platicando conmigo, me confesó que llevaba orden de don Perfecto Tijerino de tirarnos en caso de tentativa de fuga. Tarde llegamos a León y se veían semblantes exaltados. El joven Tomás Ayón llegó a preguntarme que se me ofrecía y yo le pedí un trago. Me llevó uno grande de aguardiente y algo que comer porque no había comido nada en todo el día. Después de mucho esperar, salió el tren.

Llegamos a la Paz y allí permaneció algún tiempo. Por fin salimos para Nagarote y allí permanecimos mucho rato. Mi guardia me dijo que me iba a acompañar porque si me veían solo, sus compañeros me podían tirar. Nos volvimos a la estación. Llegaron unos desconocidos y me dijeron al oído que esa misma noche ellos nos pondrían en libertad. La escolta del tren, en la que iba de segundo al Coronel don Napoleón Ubilla, recibió de Managua de regresar a La Paz.

En el tren de regreso, uno de los presos llegó a comunicarme que había el proyecto de que cada preso desarmara a la fuerza a su guardia, lo cual yo desaprobé. Al llegar a La Paz de nuevo, los guardias empezaron a gritar: ¡Viva Chamorro! Y hasta que la escolta que estaba en la estación correspondió al viva. Recordaba lo que me había dicho mi guardia, de que nos matarían sin misericordia si intentábamos la fuga. Comenzaron entonces los cuchicheos entre los jefes que nos llevaban y supimos que allí nos entregarían a la pequeña guarnición de La

Paz, porque el grueso de la escolta que nos llevaba, iba a perseguir a unos revolucionarios que habían aparecido por allí.

Nos llevó la otra escolta a la casa escuela y nos encerró en la esquina con guardias por el lado del patio. A mí me arreglaron un dormitorio con dos pupitres en el centro de la pieza, pero yo vi que los Coroneles Cornelio Arauz y Juan López se echaron en el suelo. Mandamos a comprar una botella de vino que nos tomamos. El doctor Rivas dejó la botella junto a él. Yo me acosté sin dormirme, rezando yo mismo las oraciones de los agonizantes. La Guardia estaba en la calle con la esquina abierta. Yo pedí permiso para salir al patio, pero me acompañó un soldado con rifle. Me volví a acostar y oía a los de la calle requerir a todo transeúnte. A las dos de la mañana en punto oí el ¿Quién vive..?. Nadie contestó. ¿Quién vive?. Nadie contestó. Al tercer ¿Quién vive? sonó el primer disparo. **El centinela de la esquina gritó: "Fusilen a esos bandidos..!". El centinela** del patio disparó en momentos en que el doctor Rivas le asestaba un golpe con la botella, que se quebró. Yo corrí al patio y vi caerse a César Peñalba y creí que lo habían matado. El tiroteo seguía en la calle. Adolfo Román golpeaba la puerta que comunicaba con el aposento que ocupaban las maestras de escuela y gritaba: **"Abranos que nos asesinan", pero la puerta no se abrió. Yo corrí hasta el fondo** del solar, a una mediagua, para ver si la podía escalar, pero fue imposible. Entonces me escondí debajo de un montón de huate que había en la mediagua. Los momentos eran angustiosos porque el tiroteo seguía en la esquina de la calle. De repente un grito me volvió a la vida real: ¡Viva León..!!.

Pensé en quedarme escondido entre el hueco que deja el piso y el suelo, pero me acordé hasta entonces que debíamos arrimarnos a la estación. ¡VIVA EL PARTIDO LIBERAL!. Se había corrido la guardia que había de asesinarnos.

Estábamos por el momento salvados, pero como el riesgo de que volvieran de un momento a otro los que nos habían traído a Chinandega. Mientras tanto, fuimos a recoger a los heridos. Luis Arguello tenía por lo menos cuatro balazos en el cuerpo y estaba como muerto. Don Francisco Baca se puso inmediatamente a hacerle la primera curación. Ya el Coronel Arauz andaba con una espada y Santiago y otros, con rifles que les habían quitado a los soldados. Yo les hice ver que era mejor huir a los montes, pero mis compañeros no quisieron seguirme. Luego me acordé que había una familia de parientes de mi abuela de apellido Peralta. Me fui a buscarlos y solo encontré a varias mujeres, los hombres habían huido al monte por los tiros. Les dije que deseaba irme a esconder en alguna finca distante y quería conseguir un guía de confianza. Me dijeron las señoras que una de ellas iría a la finca de un señor Pedro González, que fue hermano del General Ceferino González, que quedaba a dos leguas de distancia. Yo acepté y les pedí que me dieran un arma. Me dieron todo lo que tenían: un machetito coto y sin filo. Tomamos el camino. Yo iba con zapatillas de charol, que a veces se me quedaban pegadas en el lodo, porque estábamos en pleno invierno. Así

caminamos el resto de la noche. Como a las seis de la mañana me paré a tomar agua en un pequeño río y por fin llegamos a la finca del señor González, quien me recibió muy bien.

En ese lugar permanecí dos días. Una mañanita llegó un mozo jalando un caballito con una carta del Coronel Leopoldo Membreño, de Nagarote, en la que me decía que me fuera de ese lugar porque ya andaban buscándonos las escoltas de Chamorro; que me mandaba ese caballito para que me fuera. Dispuse irme inmediatamente, pero traté de buscar otra bestia para un muchacho de El Laborío que se ofreció para acompañarme.

El señor González observó que mi vestido y mi sombrero de pajita nuevo me iban a delatar y me invitó para que me disfrazara con un pantalón de manta dril azul, una cotona y un viejo sombrero de pita sucio que él tenía. Compré un caballo grande, al crédito, por el cual me pidieron mil pesos y una albarda de cuero crudo por \$ 50.00 que la pagué con el dinero que me había puesto en el bolsillo mi amigo Eduardo Deshon. Tomamos caminos extraviados con dirección a León. Pasamos por una hacienda en la que encontré a mis compañeros que iban a pie. Invité de nuevo a Santiago a irse conmigo y no quiso abandonar a su suegro don Francisco Baca.

Pasamos por una hacienda de Leoncio Guerrero; entré y seguimos la marcha.

Llegamos a una hacienda llamada San Silvestre y en las afueras me paré y despaché al muchacho a las casas, para ver si no había escoltas. Llegada la noche, nos encontramos al Norte del Barrio de Guadalupe, en una finca de un conocido de mi guía. Le pedimos posada y nos indicó unas tablas que estaban en la pieza y nos dijo que como estaba tan caro el maíz, apenas tenía unas güirilas de harina y esto comimos, después de habernos prometido hacernos pasar por caminos extraviados detrás de El Fortín. Al pasar por San Silvestre vimos a don Mateo Mayorga que se dirigía a nuestro lado. Yo no quería que me reconociera y me baje el pedazo de sombrero que llevaba; crucé la pierna sobre la albardita, bajé la vista y esperé. Mateo llegó al frente de donde yo estaba y en medio de mi estupefacción, me dijo: **“Don Santiago.... y ¿qué anda haciendo por aquí...?”**.

No tuve más remedio que contarle mi aventura y entonces él corrió a la casa y me trajo un quesito de mantequilla y dos tortillas de harina y proseguimos el camino, después de haber sido informados de que no había novedad.

Poco después encontramos un riachuelo, nos bajamos de las bestias y devoramos parte del queso y las tortillas de harina. El muchacho me llevaba a una finca de un señor Alfonso Romero. Pasamos el camino de PoneLOYA y



divisamos una casita de alto, que me dijo mi compañero era una finca de Narciso **Mayorga llamada "Buenavista". Por fin llegamos a la finca de don Alfonso Romero.** Hasta entonces ya no sabía que este señor era un conservador recalcitrante y nos recibió con frialdad y desconfianza. Los sirvientes nos dijeron que allí no había nada que vendernos: ni leche, ni café, ni siquiera potreraje para las bestias. Me señalaron una banca de madera en la que podía descansar y dormir y nada más. Entré en sospechas de que podían mandar a denunciarme y muy de mañana le ordené a mi sirviente que ensillara las bestias para **buscar la finca "Buenavista"**.

Allí nos presentamos y solo había un hombre y una mujer que eran los guardianes. Les dije que era amigo de don Narciso Mayorga y que deseaba quedarme en la finca. Me contestó que con mucho gusto, pero que no tenía las llaves de las habitaciones del alto.

Entonces resolví despachar al muchacho a León, con carta para la Angelita Mayorga, mi cuñada, para que me consiguiera las llaves y me mandara una frazada y alguna ropa, pues no tenía con que cobijarme. Pero antes le dije al muchacho que cuidado hablaba con nadie en el camino, pues de ello dependía quizá mi vida.

El muchacho volvió en la noche con lo que yo había pedido y me instalé en el alto. Cerca de la media noche oí unos gritos en los alrededores, que decían: **"¿Está aquí don Santiago Callejas?". No, contesté y la voz volvió a decir: ¿Está aquí don Santiago?. Silencio absoluto y una tercera vez: ¿Está aquí don Santiago Callejas?. "Yo soy Edmond Pallais"**.

Al oír su nombre, le contesté y bajé a recibirlo. Me informó que el muchacho **había pasado por su finca "Los Mangos" y que toda mi aventura se la había contado.** Que deseaba saber si en algo me podía servir y que para comenzar me traía una botella de cognac. Inmediatamente nos fuimos a mi habitación de arriba y abrimos la botella, que me reconfortó. Muy poco había comido en todo el día. Me informó que en León reinaba el terror y que era mejor que me quedara por allí. Me quedé y estuve yéndome a bañar, a veces, en unos riachuelos. En ocasiones iba hasta Poneloya a riesgo de caer en manos de los enemigos. Por fin me aburrí y resolví meterme a León hasta la casa de Salvador Rosales. Me vine **en un machito de la finca "Buenavista", pero cuando iba a bajar el río Subtiava me encontré con don Francisco Juárez, que me paró y cuando le dije que iba para León, me contestó que no hiciera ese disparate; que si me capturaba Durón, me fusilaría y que era mejor que me volviera con él hasta su finca "El Rosario", donde estaría mejor que en "Buenavista" y que allí nada me faltaría.**

Le hice caso y me volví y estuve allí unos días esperando que los leoneses se levantaran contra Durón, como me había asegurado Pancho Juárez que lo iban a hacer. Un día, como a las ocho de la mañana, se oyó un tiroteo en dirección a León, el cual siguió como hasta las dos de la tarde.

El mesero de la finca, que había despachado como de costumbre, volvió a las 4 informando que León había sido tomado por los patriotas; que Durón había sido muerto por un grupo de universitarios que le salieron al encuentro en la esquina de la Universidad y que estaban esperando de un momento a otro, ser atacados por fueras conservadoras de Managua. Pasó esa noche y al anochecer del día siguiente se empezó de nuevo a oír un tiroteo en León, el que continuó con mayor intensidad durante toda la noche.

**Cesó el estruendo al amanecer y me crucé a la hacienda "El Pilar" para obtener noticias.** A poco llegaron a caballo, Tacho Ortiz, Virgilio Montenegro y Pancho Juárez. Ellos nos dijeron que toda la noche habían combatido en León con las fuerzas conservadoras comandadas por el General Frutos Bolaños; que habían agotado el parque y perdido la acción y que ellos se iban a esconder por el lado **de "Jesús María". Yo deliberé con mi amigo Narciso Mayorga y resolvimos a medio día que él me iría a esconder en la espesura de una montaña cerca de allí, para esperar lo peor.**

Así fue que llevé una hamaquita que colgamos de dos árboles. Había monte por todos lados y yo le recomendé antes de que él me dijera, que me trajera en la tarde algo de comer y que su familia, **que también estaba en "El Pilar", y él, pidiera a Dios por mí.**

Me quedé solo, entregado a mis pensamientos y en oración. Llegó la noche, pero la comida no llegó. Me dormí y cada vez que me despertaba me parecía un sueño el que estuviera solo en la espesura de una montaña y tocaba las yerbas a mi alrededor.

Por fin llegó la luz del día y como a las siete de la mañana se apareció Narciso Mayorga con una tacita de café. Me informó que desde la noche anterior había tenido noticias de León; que no era cierto que se hubiese perdido la acción; que por el contrario, los leoneses habían derrotado a los conservadores y que estos se habían retirado a Managua con el tren; que ya don Francisco Baca, mi cuñado, se aprestaba con gente para ir a atacar a los Tijerino en Chinandega; y que se le había olvidado que yo estuviese escondido en la montaña hasta que se acordó en la mañanita.

Me fui con él a la casa a tiempo que pasaban Joaquín y Justino Sansón y **Manuel Balladares, quienes iban a la hacienda "Nagualapa", finca de Manuel.** Llegamos y de inmediato me fui a descansar de las fatigas de la noche anterior. Dispusimos ir a Corcuera en busca de noticias y llegamos hasta Quezalaguaque. Allí supimos que Chinandega había sido tomado fácilmente por las tropas liberales; que resistieron las tropas de El Calvario y de la Parroquia; que Perfecto

Tijerino salió para León con don Francisco Baca y con don Gustavo Abaunza, uno a cada lado, para defenderlo de la multitud que lo quería linchar. Nos regresamos **a "Nagualapa" para disponer nuestro** regreso a Chinandega.

En efecto, llegamos a caballo, pasando por Corcuera, El Polvón, San Antonio y El Trapichón. Grande fue el contento de mi familia al verme regresar sano y salvo después de tanto peripecias. Pero me faltaba aún más. En Chinandega nos dieron la comisión, el doctor Eduardo Montealegre y a mí, para trasladarnos a Corinto como pudiéramos, para pedirle a los comandantes de dos vapores de **guerra americanos, el "Annapolis" y otro, la entrega del puerto.**

Hicimos el viaje en Ferrocarril hasta Amaya y allí encontramos que no podíamos pasar, porque el puente de hierro estaba desarmado. Sin embargo, cruzamos al río como pudimos y al otro lado encontramos un carro de manos en el cual, empujando, seguimos la ruta. Adelante encontramos pastando a un caballo viejo; lo agarramos y lo hicimos tirar del carro de mano. Más adelante, sentimos que venía un tren de Corinto.

Era un tren de guerra con americanos que se apoderaron de nosotros y nos trasladaron a Corinto. Nos llevaron a presencia de los Comandantes de los vapores **de guerra. Uno de ellos, el del "Annapolis", muy hostil, nos amenazó con** ahorcarnos, porque habíamos desarmado el puente de Amaya.

El otro estaba mas manso y nos dijo que le aconsejáramos a las autoridades de Chinandega, que les entregaran a ellos la ciudad porque iban a apoyar al Gobierno de don Adolfo Díaz y que de nada nos serviría oponernos con la fuerza. Cumplimos con nuestro cometido de manera valiente y airosa.

En Chinandega, eran César Peñalba, Jefe Político y Renato Montealegre, Comandante de Armas. Los americanos con tropas, tiendas de campaña y cañones ocuparon la estación del Ferrocarril y la plazuela de la misma. Mandaron a llamar a las autoridades de Chinandega que les contestaron que como su comunicación estaba en inglés no la entendieron; que se dirigieran en castellano que era el idioma oficial y que así querían la ciudad la tomaran a balazos.

**El Capitán del "Annapolis" nos mandó llamar a Eduardo Montealegre y a mí, a quienes ya conocía y nos suplicó "ya más manso" que le sirviéramos de** interpretes a lo cual accedimos y quedamos de amigos, pero temerosos de que se nos volteara, sabiendo que el General Zeledón, que había hecho resistencia en el Coyotepe había sido capturado por los americanos, que tomaron la fortaleza por asalto, no sin sufrir pérdidas, consideré prudente después de abandonar Chinandega, con Santiago y otros, dirigirme a la hacienda **"Campuzano", a esperar** fuera del alcance de los Tijerinos. Allí quedamos, hasta que supimos que las plazas de León y Chinandega habían sido entregadas a los americanos, que nos dieron toda clase de garantías.

Nos volvimos a Chinandega y más bien servimos para apaciguar los ánimos. Volvió de Jefe Político el General Camilo Barberena y volvimos a estar bien con las autoridades, tanto Eduardo Deshon como yo.

Creo que el año de 1913 pasó sin novedad y el año de 1914 hice viaje a Europa, para volver en Septiembre porque Elisa iba a ser madre. Al frente de mis negocios dejé a Narciso. Hice el viaje vía Costa Rica, embarcándome en Limón, **en el vapor alemán "Prince Segismund". Llegamos a Nueva York y tomamos el vapor "Kaiser Wielbe Der II" para Europa. Desembarqué en Plymouth y al llegar a Londres encontré que la Lolita estaba en el Colegio de la Asunción en Ecastbourne. De allí me fui en seguida. Alfonso estaba en el colegio de los Josefitas en Newbridge. Nos fuimos a Eccloo y allí concertamos un pequeño viaje circular por Alemania, saliendo d Bruselas, Kolonia, Krankfort, Berlín, Hamburgo y vuelta a Bruselas y Eccloo. Salimos de Bruselas para Kolonia, Lolita, Alfonso y yo. De allí a Colbenz, donde tomamos un vaporcito para subir el Rihn, pasando por Ruseheim hasta Maguncia. A bordo del vaporcito se presentó el mayordomo del vapor a preguntarnos, en buen francés, qué deseábamos para almorzar, a lo cual le contesté yo: "Salmon del Rihn y vino de Rudesheim" y él contestó: "Lo tendrán ustedes, señores".**

En efecto, el almuerzo se compuso de un magnífico salmón y de un vino exquisito de Rudesheim. Desembarcamos de Magnucia y después nos fuimos a Berlín. En el hotel en que estuvimos en Berlín nos buscaron un guía, que resultó ser un hombre muy instruido, pues al rato de haber estado hablando con él en inglés, le dije que si no podía servirnos de un guía en francés, porque Alfonso no entendía el inglés y en el acto dijo que sí y nos habló en magnífico francés. De allí nos fuimos a Hamburgo, donde anduvimos con David Stadthag que estaba concluyendo sus estudios. Con él fuimos a ver una revista militar en una ciudad prusiana que queda dividida de Hamburgo solo por una calle. Estaba presente al Kaiser Guillermo II, que acaba de morir (al momento de escribir estas memorias) y la vieja Kaiserina, que murió hace muchos años.

Estando en Hamburgo con Lola y Alfonso, el Emperador de Austria, Francisco II, a quien Alemania tenía como a un súbdito y por sugerencias de esta nación, envió a Serbia una nota exigiéndole toda clase de humillaciones por el asesinato en Sarajevo del Príncipe heredero Rodolfo, que había muerto trágicamente en esa ciudad durante una orgía.

Mis corresponsales, al leer la noticia en los periódicos de la mañana, me aconsejaron que me fuera inmediatamente a Alemania porque aquella nota significa la guerra que Alemania veía preparando durante mucho tiempo y que

ninguna nación que se estimara un poco podía tolerar. Dispuse marcharme ese mismo día, a la una del día, con dirección a Amberes (Bélgica); era el 25 de Julio de 1914. En todo el trayecto del Ferrocarril íbamos viendo militares uniformados que ya habían sido llamados a las filas. Al anochecer, el tren cruzó la frontera de Holanda y siguió para Amberes, pasando por Rosental. Allí respiré tranquilamente, pues temía que no nos dejara salir de Alemania. A Amberes llegamos a la una de la mañana. Allí vivían mi amigo Willem Willems y su esposa Ana Brion y como ese día era día de Santa Ana, dispuse que nos quedáramos con mis amigos Willem y Ana. El 27 lo pasé en la Maison de Melle, pues fuimos a la distribución de premios y llegamos en la noche de Eccloo. Allí dispusimos irnos de temporada a Heyet, pues creíamos que siendo Bélgica un país neutral no habrá peligro de pasar la guerra allí. Estando en Heyst notamos que todos los alemanes habían desaparecido y hasta una farmacia alemana estaba cerrada. Luego supimos que Bélgica estaba invadida por Alemania y que se aprestaba a la guerra. Corriendo, tomamos el tren a Eccloo y allí dispusimos trasladarnos a Inglaterra. En la noche rezamos por los que debían morir esa noche misma, pues ya se anunciaban los primeros combates. Al día siguiente tomamos el tren para Ostende, pero hay que cambiar en Brujas. Estando en esa estación se me acercó una escolta de la Guardia Civil y me preguntó para donde iba, habiéndome hablado en Alemán. Yo le contesté que no entendía ese idioma y que si me hablada en francés, en inglés o en español, le podría contestar. Entonces me lo dijo en francés y le contesté que íbamos para Ostende a tomar el vapor para Inglaterra; que veníamos de Eccloo en donde habíamos estado en la casa de la familia Willems. Uno de ellos dijo que conocía a la familia Willems, de Eccloo y que creía que nos debían dejar tomar el tren para Ostende. Cambiaron de tono y aún se ofrecieron para indicarnos cual tren debíamos tomar, ya que la mayor parte de los trenes eran trenes de guerra.

Así fue; cuando llegó un tren de pasajeros ellos mismos nos ayudaron a colocar nuestros equipajes y se despidieron cortésmente. Nadie nos pidió después pasaporte. Al llegar a Ostende busqué un hotelito humilde cerca del muelle y nos acostamos, sin salir a la calle.

Al día siguiente yo mismo fui a tomar los pasajes en el vapor que iba a hacer el viaje ordinario a Dover (Inglaterra) y llevé mi equipaje a bordo. Pasamos como inadvertidos. Nadie nos preguntó de donde veníamos y para donde íbamos. A bordo había una escolta que nos dejó pasar sin dificultad, pero el Jefe estaba vociferando diciendo que detuvieran a todo alemán o austriaco que quisiera irse. Allí supe que en Gante la muchedumbre había asaltado el Hotel Gambrinus, propiedad de alemanes y que había quebrado espejos, vasijas y muebles; que habían agarrado a unos espías alemanes disfrazados de sacerdotes y los habían fusilado.

Por fin salió el vapor y mi ánimo estaba más tranquilo. Desembarcamos en Tolkestone porque el puerto de Dover estaba minado.

Al llegar a Londres, nos hospedamos en el hotel de la misma estación. Estos hoteles son generalmente caros pero cómodos, porque en la misma estación hay sirvientes que se encargan el equipaje. Además, pasan las cuentas a fin de semana, lo que convenía a mi bolsa exhausta. Mi primera salida fue a la Casa Cortés Comercial & Banking Company, que tenía sucursal en Managua, con quienes hacia anualmente grandes negocios de consignación de café y que estaba seguro que me suministrarían todo el dinero que necesitara. Pero no fue así. El Gerente me dijo que había una ley moratoria; que no quería aventurar dinero, pero que viendo y pulsando mi necesidad, me suministraría 10 libras esterlinas. Yo me mordí los labios, pero tuve que aceptar. Dominé mi amor propio y recibí las 10 libras. Allí mismo me encontré con un joven salvadoreño que me informó que él estaba en una pensión modesta de Torrington Square y que él me llevaría allí para entenderme con la dueña. Fuimos y arreglé un cuartito para Lola, otro para Mario Cleto y Augusto Navarro, que iban a sacarlo del colegio y otro, al lado de la calle, en el primer piso, para mí.

Vuelto de mi visita a la Casa Cortés Comercial, con las cajas destempladas y presa de la mayor preocupación, solo pensé ya en hacer economía, pasándonos a la pensión de Torrington Square, donde había contratado, por alojamiento y pensión, a treinta chelines por semana cada uno.

Envié dos telegramas: uno a Paris a mi amigo don Federico Hirtz y otro a Havre, a la casa Joannes, Couvert, pidiendo pronto auxilio.

Don Federico Hirtz me contestó que pasara a la casa Isaac & Samuel, a recoger cuarenta libras esterlinas y la Casa Couvert, que pasara a un Banco de Lombart Street, a recoger otras cuarenta libras.

Al día siguiente y ya instalado en Torrington Square, fui al Consulado de Nicaragua, servido por un alemán que estaba vendiendo la cera a medio; de modo que le mandaron a un campo de concentración, como lo estaban haciendo con todos los alemanes, y estando allí, llamó el teléfono y dijeron que era la Casa Isaac & Samuel y deseaban saber si conocían allí la dirección de don Santiago Callejas, a lo cual contestó el Cónsul diciendo que, justamente estaba en su oficina. Se comunicaron conmigo y me dijeron que pasara a sus oficinas en el No. 35 Broad Street porque tenían orden de Paris de entregarme un dinero.

Los señores Isaac & Samuel, de Broad Street eran los sucesores de aquellos viajes que fueron corresponsales de mi mamá, cuando yo estuve en la escuela y cuando llegué a su oficina, me entregaron el dinero que tenían ordenado darle

por cuenta de don Federico Hirtz y me dijeron además, que para qué había pedido dinero a Paris, estando ellos allí para servirme.

Los contesté diciendo que como hacía tanto tiempo no hacía negocios con ellos, me había dado pena pedirles dinero, pero que si ellos estaban dispuestos a servirme, que me consiguieran pasajes para Nueva York, en algún vapor, para mí y mi familia. Me dijeron que eso eran muy difícil en esos momentos.

Sucedió que el Jefe de la Casa Cortés Comercial me había mandado con un empleado a la oficina del Cónsul de los Estados Unidos, a ver si él nos podía repatriar y este funcionario contestó con gran naturalidad, que él estaba procurando repatriar a los suyos pero que nada tenía que ver con los nicaragüenses.

Ya más tranquilo me fui al Banco de Lombard Street, a cobrar el dinero que había puesto a mi orden la Casa Couvert. Me presenté a la caja y me dijeron que no podían pagarme porque había una ley moratoria. Dije entonces que quería hablar con el Gerente y me introdujeron a su oficina. El habló en perfecto español y se excusó cortésmente por no poderme pagar; pero cuando me despedí de él me dijo que, como en mi semblante se leía que yo tenía mucha necesidad, me iba a mandar a dar diez libras esterlinas y que volviera dentro de quince días para ver si podía pagarme el resto. Yo le acepté con alegría las diez libras y prometí volver.

Mi situación se mejoró muchísimo. Me fui a ver varias compañías de vapores y que hacen el tráfico a Nueva York y todas estaban llenas para los próximos tres meses.

Me resolví a esperar en la modesta pensión de Torrington Square, comiendo una comida atroz y visitamos algunos amigos.

La Lolita aprendió a andar sola en el ferrocarril subterráneo y con la mayor facilidad se transportaba de un punto a otro de Londres. Supimos que habían llegado algunos paisanos: don Francisco Sánchez y señora, don Joaquín Navas y señora, don Gilberto Larios, las niñas Navas, María Teresa Villa, y las niñas Debayle.

Todos estaban hospedados en un hotel de Seicester Square, que después averiguamos era mal afamado por estar cerca del Murie may, Alambra y otros. Allí nos reuníamos hasta 50 nicaragüenses todas las noches.

Esta vida llevamos durante dos meses sin poder conseguir pasaje en ninguna línea de vapores. Nos divertíamos visitando a nuestras amistades: a Ettel Cotheaell, a María Teresa Villa que estaba en un colegio en Honor Oak. Una vez fui a Ramsgate con Lolita a dejar a las niñas Debayle. Un día nos dijo el doctor Sánchez a Joaquín Navas y a mí, que probablemente estaríamos escasos de dinero y como él tenía unas dos mil libras esterlinas en esa casa de los banqueros



Frederick Huth & Co., nos pedía prestar algo. A mí me preguntó que con cuanto me sentiría feliz. Yo le dije que sería ridículo decir que me sentiría feliz si los tuviera. **“Pues mañana los tendrá” me dijo él.**

En la mañana nos invitó a Joaquín y a mí para que fuéramos juntos al banco a sacar el dinero; llegamos a casa de Frederick Huth y al primer dependiente que vio Sánchez le gritó: **“Hola, Federico..!” El empleado se excusó y le dijo que lo llevaría donde su jefe.**

**Entramos en una oficina y Sánchez dijo: “Hola Federico..!. Ese señor se levantó de su asiento con semblante serio y le dijo ante un retrato de cuerpo entero que estaba en la pared: “Ahí tiene a nuestro fundador Frederick Huth. Hace cuarenta años que murió”.**

Nosotros solo sonreímos al ver la equivocación de Sánchez. El Gerente le dijo a Sánchez que a causa de la ley moratoria no podía entregarle ni una sola libra esterlina. Sánchez protestó diciéndole que no llegaba a mendigar nada. Que le que quería era que le entregaran su dinero y tuvimos que irnos con las cajas destempladas. El Banco que debía entregarme 30 libras a cuenta de la Casa Couvert me llamó para pagarme y fue así que tuve para pasar muchos días.

También Sánchez consiguió en otra parte 300 libras y cuando nos vimos con él nos dijo: **“Ya ven ustedes cuan difícil es conseguir dinero en Londres, pero yo voy a compartir estas trescientas libras con ustedes y nos dio prestadas cien libras a cada uno: a Joaquín Navas y a mí. Al llegar a Nueva York le pagué y guardé para con él gratitud para toda la vida, sobre todo porque decían que era muy esquivo para prestar.**

Por este relato se puede ver qué días tan amargos pasé en Londres, en esa **ocasión... y eso que entonces no hubo bombardeos de los alemanes.** A veces me quedaba recluido en mi cuarto de Torrington Square pasando solo las noches antes de acostarme. Un día de tanto sentí que alguien le daba vuelta al cerrojo de mi cuarto y vi entrar una especie de esqueleto cadavérico que fue a mi mesa de noche, vació un vaso de agua y se la tomó. Yo lo increpé duramente, diciéndole que se había equivocado de cuarto, pero él, sin decir una palabra, salió de la habitación. Días después supe que era un hombre rico que se encerraba a tomar a un cuarto alquilado y que se había muerto.

Los señores Isaac & Samuel me avisaron como a los meses de estar allí, que habían conseguido pasajes para mí, para Lolita, Augusto y Mario en el vapor **“Kroonland” de la Red Star Line. Sánchez, la señora doña Trini, la Tulita, el doctor Pedro González, Hercilia, Ernestina y Roberto, sus hijos, tomamos pasajes en el**

**“Kroonland” y salimos de Liverpool, no** sin cierto temor de encontrar un submarino alemán.

Pero la bandera del barco era americana y esto nos daba valor. Al día siguiente vimos la captura de un vapor alemán que no sabía que había guerra, apresado por un vapor de guerra inglés.

Llegamos in novedad **a Nueva York y allí tomamos el vapor “Ancon” que nos llevó a Colón y el “New Port” a Corinto.**

Así termino nuestra aventura de 1914.

Antes de salir de Londres, Mr. Campbell, uno de los socios de la Casa Isaac & Samuel y que tan bien se había portado conmigo, me suplicó que me hiciera cargo del poder general generalísimo de la casa, porque les debían en Nicaragua más de veinte mil libras y tenían miedo de perderlas; yo acepté con gusto y me dieron el poder más amplio que puede darse, con facultades para todo. Yo les serví muy bien en reconocimiento de sus buenos servicios en esa ocasión. Alfonso se quedó en el colegio de los Josefitas en Wybridge ese año de 1914 y estuvo recomendado a Mr. Campbell, con quien conservamos siempre la mejor amistad.

He pasado por alto un gran honor que recibí del Consejo de Tenedores de Bonos extranjeros, corporación que tiene su asiento en Londres y que vela por los tenedores de bonos de gobiernos extranjeros. Me nombraron su representante en Nicaragua. No he podido averiguar quien me recomendó, pero pusieron en mis manos cuantiosos fondos que provenían de la venta que yo hacía de bonos para la exportación del café, con los que se debían pagar los derechos de exportación del café, y a su vez servía su producto para pagar los cupones semestrales al Consejo de Tenedores de Bonos.

Llegué a tener en mi poder más de trescientos, de los cuales di cuenta exacta, tanto al Gobierno, como al Consejo de Tenedores.

Cuando se suspendió este servicio recibí del Consejo una nota de agradecimiento y una copa de plata de gran tamaño, con una inscripción grabada **que decía: “El Consejo de Tenedores de Bonos el señor don Santiago Callejas, en reconocimiento de sus buenos servicios”.** Esto se destruyó en el incendio de Chinandega el año de 1927 y me había llegado dentro de una cajita de madera con bisagras, forrada por dentro con pelucha muy fina. Son pequeños sucesos de mi vida de los cuales guardo un recuerdo y que me han proporcionado un legítimo orgullo.

Un mes después y estando en la casa de León, un teléfono me anunció la muerte violenta de don Chico Baca, el esposo de Justina, mi hermana. Hacia algunos meses que don Francisco me había comunicado en confianza, yendo a su finca San Francisco, que un día había tenido un ataque de angina pectoris y que como esta enfermedad repite y es mortal, sus días estaban contados y que moriría

violentamente. Así fue; una mañana estaba tomando café, cuando le vino el ataque lo llevó al sepulcro y apenas tuvo tiempo para pedir un sacerdote y hacer quizá un acto de contrición. El era creyente, pero frío.

El año de 1918 hicieron viaje a San Francisco de California muchos chinandeganos y yo también. Ya había entrado Estados Unidos a la guerra y **estaban muy estrictos con el espionaje. Yo me embarqué en el vapor "San José"** y conmigo iban varios espías americanos. Al llegar a Amapala se paró el vapor para esperar un crucero que había quedado en Corinto y era para entregarle un pasajero alemán que había capturado a bordo. En La Libertad me desembarqué, con el objeto de ir a San Salvador y ver a la familia de Román Mayorga y volver a **tomar el "San José" en Acajutla. Contraté el viaje del único** automóvil que estaba en el puerto. Recuerdo que vino a suplicarme un pasajero que estaba a bordo que lo llevara a San Salvador en mi automóvil; era un detective. Yo accedí con gusto y nos fuimos. En San Salvador visité a varios amigos y parientes de Narcisa y al día siguiente salí para Acajutla. No sé por qué tenía el presentimiento de que me iba a ir mal en el viaje y hasta llegué a desear que me dejara el vapor.

Pero no fue así; era ya mi destino.

Proseguimos el viaje pasando por los puertos de Guadalupe y Salinacruz y Manzanillo, en México. Yo había hecho negocios atrevidos de azúcar y maíz en México y mi socio era Manuel Sáenz, hermano del coto Sáenz, que había sido Comandante en León. Encontré a Manuel Manzanillo tratando de realizar una partida de maíz y otro de azúcar que valían en conjunto más de once mil dólares. Llegamos a San Francisco, donde ya estaban Alberto López y Pantuco Navarro. Me hospedé en el hotel en que ellos estaban en Sutter Street. En el siguiente vapor llegaron José Navarro y Ernesto Callejas con María Teresa.

Los fui a encontrar al muelle y fue grande mi sorpresa cuando supe allí que no los había desembarcado, sino que habían sido llevados a la Isla El Ángel, Ernesto y María Teresa, donde los tenían como sospechosos. Era Cónsul de Nicaragua Alfredo Gallegos y me fui donde él para que hablara con las autoridades del puerto y me permitieran ir a la isla El Ángel para ver a los reclusos.

Me fui donde el Cónsul y por su medio probé que Ernesto era inocente aunque faltó de prudencia por haber hablado alemán a bordo del vapor que lo llevaba a San Francisco. Cuando ya tenía en mi poder la orden de libertad, me fui al muelle y busqué como trasladarme a la isla El Ángel. En esos momentos desembarcaban Ernesto y María Teresa de una gasolinera, por fin libres. En la isla El Ángel tuvieron que dormir confundidos con muchos chinos y alemanes que estaban allí reclusos.

Mis corresponsales en San Francisco eran principalmente W.R. Grace y Cia., casa muy amplia para suministrar créditos por café. Tenía también viejas relaciones con la American Trading Company y Otis, Mc Alister y Cia.

Con motivo de la entrada de Estados Unidos a la guerra, la mercancía había subido y los de la Grace me ofrecieron que comprara con ellos de las existencias que todavía había en San Francisco. Me llevaron a una casa cuyo nombre no recuerdo y allí compré como ocho mil dólares en telas vendibles. Sin embargo, ellos ya tenían sus designios para hacerme caer. Me ofrecieron comprar café a un precio mucho mayor del que habían estado pagando. Este fue mi primer error les vendí 1,500 quintales. Al día siguiente el café subió y me dijeron que, para sacarme el clavelles vendiera otro tanto con 50 centavos más. Caí en la trampa también y en el acto comprendí el error que había cometido. Otra casa me propuso que les compraré 6,000 quintales de harina de Chile, a un precio relativamente bajo, pero que les diera a cuenta 10,000 dólares. Acepté después de consultar a José Navarro y llevarlo como socio en este negocio. Yo firmé el contrato y la harina debía salir de Valparaíso en una época fijada. Cuando ví el disparate que había cometido vendiendo café, les propuse a los de la Grace perder 5,000 dólares y rescindir el contrato. Joaquín Navas y Marcial Solís también estaban en San Francisco e igualmente vendieron café de futuro, pero no cumplieron. Junto con Ernesto y María Teresa dispusimos ir a Los Ángeles, por mar, embarcándonos en San Francisco. Fue un viaje muy bonito, embarcándonos todos en un vapor **pequeño llamado "Eureka"**. Estuvimos dos noches y un día en el mar y desembarcamos en Wilmington, a 20 minutos por tren de Los Ángeles.

Estuvimos en un hotel muy hermoso y relativamente barato. Allí compré mercancías por otros ocho mil dólares a una casa cuyo nombre no recuerdo ahora, pero con el gerente de la cual se encontró La Lichita cuando estuvo en Los Ángeles.

Después crucé por ferrocarril el continente para ir a Nueva York, a ver qué hacía para parar el golpe que se esperaba. Salí solo de Los Ángeles para Nueva York, un día como a las diez de la mañana. Era un viaje como de cinco días. Ese mismo día me fuí en el último carro de pasajeros, donde hay sillones para que los **viajeros puedan observar el paisaje. Se llama "Observating Car"**. Me tiré muy triste y pensativo en un sillón. En el carro iba una dama. Ella y yo estuvimos por momentos callados. De repente ella rompió el silencio y me dijo en purísimo **español: "Señor; ¿Es usted mexicano?"**. – No, señora, le contesté.

- ¿Y entonces, de donde es?, me replicó.
- Soy centroamericano, le dije.
- **Ah...!, dijo ella. Tengo amigos en Nicaragua.**

Y como esa circunstancia me interesara sobremanera, le pregunté que en qué parte de Nicaragua.

- En Chinandega, me respondió.

- Pero señora, le dije, cuando no cabía de mi asombro. Usted me está hablando de mi ciudad natal. Yo soy de Chinandega.

- Pues entonces, me contestó, usted debe conocer a la Virginia Seydel de Baca y a la Teresa la debe haber conocido. Ya se murió. La Virginia tiene una hija que se llama Cleotilde y es monja.

- **Todo es cierto...!!!**, le dije, sin salir de mi asombro, al ver que de Los Ángeles a Nueva York, en medio de un desierto, - porque estábamos atravesando un campo árido y despoblado – me venga usted a hablar de mi propia ciudad natal y de personas que yo conozco tan bien.

La dama **siguió hablando y me dijo: “Yo me llamo Mercedes Chávez, soy casada; mi marido es un anciano francés y va también en este tren. Nos bajaremos pronto, en Lamy, ciudad del Estado de Nuevo México y vamos para Santa Fé. Mi marido es de apellido Lamy, como la estación, que le dicen así por el Arzobispo de Santa Fé, que es pariente cercano de mi marido. Lo convido para que se baje en Lamy y vayamos a Santa Fé”**.

- No señora, le dije. Muchas gracias. Voy muy precisado y preocupado a Nueva York. Siento no poder aceptar su invitación y le quedo muy agradecido.

Jamás volví a ver a esa señora. Continué mi viaje, atravesando el Estado de Nuevo México, donde ví algunos indios primitivos americanos, ya civilizados.

Estado en Nueva York, hacía estragos la influencia española. Todos los días los diarios anunciaban mil nuevos casos y mil defunciones. La Policía nos obligó a andar con careta, tapadas la boca y la nariz, para evitar el contagio.

Estaba entonces ocupando un apartamento en la parte alta de Broadway, mi amigo el General don José Santos Zelaya y también mis compadres don Pablo Schubert, y su señora doña Mercedes Ramírez; el doctor Lizando Medina, radicado y casado en Nueva York; el doctor Luis Felipe Corea, que fue Ministro en Washington; Juan Deshon M. y su señora doña Mita; don Roberto Deshon y señora Ernestina González. Estos últimos estaban hospedados en el Hotel Marsella, muy arriba en Broadway.

Me avisaron que Ernestina estaba con la influencia española y fuí a verla un viernes por la noche. La encontré muy grave. Le dije a Juan Deshon que si moría me avisaran a mi cuarto del Hotel Saint George, por teléfono; que lo tenía a la orilla de mi cama.

Así fue; en la mañana como a las seis, sonó en mis oídos el teléfono. Era Juan que me daba la noticia de que Ernestina se moría. A esa hora me levanté y fui a tomar el ferrocarril subterráneo hasta salir en la Calle 100, frente al Marsella. Juan Deshon me informó que Ernestina estaba muerta; que como a la cinco de la mañana había sido al cuarto de la enferma **y que la enfermera le había dicho "she is passing". Moría sin un sacerdote al lado de su lecho, sin una plegaria, sin un consuelo.** Roberto estaba anonadado y ya venían de la casa que se ocupa de los funerales a llevar el cadáver de Ernestina para colocarlo en un ataúd, el que es colocado en una gaveta para esperar allí el día del entierro.

La misma empresa funeraria se encargó de arreglar la misa que se celebró, estando yo presente con los dolientes, sin que llegará el cadáver, en la Iglesia Católica de San Esteban, cerca de donde yo vivía.

En esos días murió también, en un hospital de Nueva York de influencia española, Gastón Ramírez, un muchacho muy bien parecido, hijo de mi amigo Alberto Ramírez, ya difunto y de Leonor Martínez.

Estaba también por este tiempo en Nueva York, como lo dije antes, el General Zelaya y vivía en un apartamento de la parte alta de la ciudad que le costaba, según él me dijo, trescientos dólares mensuales. Fui a buscarlo para visitarlo y cuando llegué a su apartamento la portera lo llamó con el teléfono y le dio mi nombre. Tenía esta la orden de no dejar pasar a nadie que no dijera su nombre y aún me parece que me hicieron hablar para que reconociera mi voz. En el acto dijo que podía subir y cuando llegué a su apartamento, él mismo me abrió la puerta y me recibió con mucho cariño. Me contó que el Gobierno de Estados Unidos lo había tenido preso en Nueva York. Que de sus amigos nicaragüenses solamente Bonifacio Navas y yo lo habíamos visitado; que solo tenía dos amigos en Nueva York y estos era; el doctor Luis Felipe Corea, liberal y el doctor Lisandro Medina, conservador. Que hasta ahora había conocido quienes eran sus verdaderos amigos en Nicaragua y que entre ellos estaba yo, que siempre le había dicho la verdad y jamás lo había adulado; que todos los que le protestaban adhesión no eran más que aduladores de profesión, para sacar ventajas personales y quién sabe cuantas cosas más.

Concluyó invitándome para comer con él en su apartamento el día siguiente diciéndome que iba a invitar también al doctor Medina y al doctor Corea para que fuéramos cuatro; que la comida sería frugal, porque sus medios no le permitían hacer muchos gastos. El día siguiente amanecí resfriado y a las cuatro de la tarde o un poco antes me fui a la casa del General para decirle que tenía temor de quedarme en la noche porque le tenía miedo a la influencia española.

Me contestó que de ninguna manera me dejaba ir; que tenía que quedarme hasta las siete de la noche, hora en que llegarían Medina y Corea y que mientras tanto, íbamos a tomarnos unos whiskies.

Yo protesté, pero fue imposible que me dejara ir. Con los doctores Medina y Corea, que también eran amigos míos, estuvimos en el apartamento charlando hasta que llegó la hora de la cena. La comida fue frugal, pero buena. Tomamos whisky y vino tinto y entre plática y plática nos dieron las once de la noche.

El General Zelaya nos propuso ir a carruaje abierto a visitar a don Pablo Schubert, a su esposa doña Mercedes y a sus hijas y con todo y miedo, fui con ellos. Doña Mercedes fue mi comadre y tuvo mucho gusto de verme. Luego fueron a dejarme a mi hotel y estuvimos en la cantina a echarnos el último trago y luego me acosté, oyendo toser a muchos de los pasajeros. Estaba yo vendiendo la cena a medio tanto por la miedo a la influencia española, como por los malos negocios que había hecho en San Francisco. Viendo que no podía regresar vía Colón y después de haber hablado con el Gerente de la Casa Grace en Nueva York, dispuse volverme a juntar con Ernesto y conmigo en San Francisco, para regresar juntos a Nicaragua.

Tomé mi pasaje hasta San Francisco por la vía del Norte y busqué mi asiento numerado en el tren respectivo. A poco llegó un pasajero, hispanoamericano y no pudo ocupar su asiento porque estaba sentado en él una señora. El le protestó, pero la señora se negó rotundamente a desocuparlo. Parece que ella tenía su número para el viaje el día anterior.

El hispanoamericano me preguntó en inglés si el asiento frente al mío estaría libre y le contesté que creía que sí y entonces él lo ocupó. En seguida me dirigí a él en castellano y le pregunté que de donde era y me contestó inmediatamente que era mexicano, que iba a San Francisco a la casa American Trading Co.

**“Ah! Le dije yo”. Tengo relaciones con esa casa y conozco al gerente en San Francisco, un señor que usa el pelo muy largo. “Cierto, me dijo él. Es un señor muy original”.**

**En seguida, un soldado filipino que estaba en frente dijo: “Yo conozco a este señor”, señalándome a mí. “¿Cómo?”, le dije sorprendido. “Una vez en Corinto, me respondió, cuando el buque de guerra en que yo andaba estaba anclado allí y usted desembarcó de un vapor chileno, me dijeron quien era usted”.**

La señora que estaba en frente de mí era de origen francés y ocuparía en la noche la cama que quedaba bajo la mía, pero ni ella me veía ni yo la veía a ella, porque ambas camas tenían cortinas gruesas de damasco.



Pasamos por el Lago Salado y por la ciudad de Los Mormones, Sal Lake City. Al llegar a Sacramento, capital de California, notificaron a los pasajeros del tren que debían entrar a San Francisco con careta, como la que habíamos usado en Nueva York, pues la influencia española estaba haciendo estragos en San Francisco.

Al llegar a esta ciudad, supe por los amigos y paisanos, que el doctor Rodolfo Espinoza, que en esa época residía en San Francisco, tenía a su cargo un hospital y que era muy limitado el número de casos fatales que había tenido en ese hospital. Poco después llegó Alfonso que había felizmente la travesía del Atlántico, no obstante la guerra, que ya tocaba a su fin.

En el hotel puse a Ernesto y al Alfonso y pregunté a algunos de los pasajeros qué quién creían ellos que era el mayor de los dos y todos dijeron que Alfonso, no obstante haber entre ellos una diferencia de diez años.

Los señores Grace me enviaron un dependiente francés para que me **acompañara y me comprara el pasaje a Corinto en el vapor "San Juan"**.

**Salí de San Francisco en ese vapor (el "San Juan") y tocamos en San Pedro,** puerto de Los Ángeles. Al salir de allí nos sopló un viento huracanado que apagó la cocina y tuvimos que comer fiambres durante ese día. Por la noche el viento arreció y estando dormido en mi camarote, sentí que el viento rompió la puerta del salón y una enorme ola se introdujo. Yo corrí despavorido para la cubierta, con solo pijamas; pasé el salón chapoteando agua mientras la camarera me gritaba que tuviera calma. Al subir la escalera tropecé y caí, golpeándome fuerte una costilla.

El Capitán llegó con marinos a medio componer la puerta deshecha y yo me volví a mi camarote, donde permanecí sin poder dormir.

Al día siguiente divisamos una isla cerca de la costa y noté que el vapor hacia rumbo a ella.

**En efecto, el "San Juan" entró entre la isla y la costa, donde no había** marejada y allí ancló para componer los desperfectos. Luego salimos hacia el lado opuesto y dichosamente el mar estaba más en calma y así llegamos a Manzanillo. Allí encontré a Manuel Sáenz que había realizado el azúcar y se disponía a recoger el dinero para regresar a Nicaragua.

En Salinacruz visité una casa compradora de productos nicaragüense y compré una botella de tequilla o sea un magnífico aguardiente parecido al Bacardí. Llegamos sin más novedades a Corinto donde nos esperaba La Licha y le conté mi desventura. Ella me reanimó y me dió valor para luchar. Encontré con que mi dependiente Eliseo Velásquez había vendido el café que le había comprado a Tobías Arguello, porque le habían dado a ganar en él. Manuel Sáenz regresó

después en un vapor y no tuve dificultades para que entregara los once mil dólares que traía como producto del azúcar y maíz vendido en México.

Mi agente comprador de café, don Gilberto Zavala, hizo todo, lo posible por ayudarme. Empezamos a comprar café a C\$ 18.00 (dieciocho córdobas) puesto en Managua y completamos la cantidad de tres mil quintales hasta a C\$ 25.00 (veinticinco córdobas). Yo había vendido a C\$ 39.00 (treinta y nueve 50/00 córdobas) puesto a bordo en Corinto.

La harina no llegó en tiempo; el mismo Capitán del vapor que lo trajo fuera de tiempo, confesó bajo juramento que le habían hecho firmar los conocimientos cuando no tenía ni un saco a bordo. Ya había adelantado diez mil dólares y tuve miedo de meterle pleito a la casa vendedora. Mi socio en Nicaragua y conseguimos una rebaja. José me propuso entonces que perdiera tres mil dólares y que él asumía todo el negocio, lo que yo acepté. Luego se liquidó el negocio de café y el de harina; yo había perdido treinta y cinco mil córdobas.

Perdí esa suma, muy grande para mí, pero salvé mi crédito.

Los Grace me ayudaron con fondos a comprar el café. En Nueva York había comprado dieciocho mil dólares en mercancías con la casa Everett Heaney & Cia. Todos esos fondos me ayudaron. A todos les pagué hasta el último centavo, con intereses, y aunque mi capital quedó muy resentido, seguí luchando; suspendí desde entonces los negocios de café y no recuerdo que haya habido en mi vida, durante el año de 1919, acontecimientos dignos de mencionar.

En 1920 hice un viaje a Nueva York, llevando a mi socio Alejandro Pereira. El viaje era vía Guatemala, Puerto Barrios, Nueva Orleans. Salimos en el vapor **“Salvador” y desembarcamos en San José. Llegamos a Guatemala y nos hospedamos en un buen hotel de la Sexta Avenida.** Estaban en Guatemala, mi amigo el doctor Ángel Uriarte, mis compadres Nicolás Martínez y su esposa doña Ester Díaz, Juan Ramón Salamanca y su esposa. Recientemente había ocurrido la caída de don Manuel Estrada Cabrera y el gran terremoto de Guatemala.

A Alejandro no le gustaba el frío que hacía en Guatemala y lo encontré en una ocasión en la tarde, acostado en su cama como a las cinco, porque no aguataba el frío. Sin embargo, yo iba a misa todos los días a las seis y media de la mañana a la Iglesia de los Franciscanos en la Sexta Avenida. Visitaba a la familia Martínez y a las otras familias de los amigos que estaban radicados en Guatemala.

No pudimos salir para Puerto Barrios porque allí había fiebre amarilla y no dejaban ir las autoridades. Por fin, Alejandro resolvió regresar a Nicaragua. Yo me quedé en Guatemala a realizar una excursión con Arturo Orozco, para ver un

(ilegible) tachito viejo que estaba abandonado. Seguí para Coatepeque, pasando por Mazatenango con el objeto de visitar en **la hacienda "El Chagüite" a Juliancito Opstaole**, cuñado de Justo Rivas.

Durante la excursión que hice con Arturo Orozco para ver el tacho abandonado, dormimos en un pueblito cuyo nombre no recuerdo y de allí nos fuimos a caballo. Todos los pueblos de Guatemala están habitados casi exclusivamente por indios, muchos de los cuales hablan todavía sus dialectos. Los hombres andan en calzoncillos y la espalda cubierta con un pañuelo. Las mujeres usan solo refajo de tela fabricada por los mismos indios. Su aliento principal en la enchilada compuesta de maíz y bastante chile, cocida al fuego.

En el camino encontramos caravanas de indios a pie, que se dirigían a las poblaciones principales y llevaban sobre sus espaldas grandes estrategias con artefactos de loza de barro. Las grandes piezas de maquinaria que han de transportarse para las grandes empresas y por donde los caminos son muy malos, son llevados a hombros de indios guatemaltecos.

**En la hacienda "El Chagüite" que fue de don Julián Opstaole, ví muchas colonias de indios. Allí viven y don Julián les proporcionó Iglesia, Capellán, escuela y maestro de primeras letras. En cambio, la casa de "El Chagüite" es espaciosa y hasta lujosa. Allí estuvimos dos días con Juliancito, hoy muerto, al haberse ahogado en una pila de la hacienda, y sin embargo, él había sido el héroe en un paseo de mar en "El Manzano", en donde, por imprudencia, se llevó la marea mar adentro, a una sirvienta de mi hermana Mercedes, llamada Guadalupe Chávez.**

Eduardo Rivas y Eduardo Montealegre se lanzaron al mar a tratar de salvarla y habrían perecido si no hubiese sido por Julián Opstaole, que nadaba muy bien y que se lanzó el agua y con mucha dificultad pudo rescatar a los dos. La muchacha no pudo volver a la orilla y se ahogó. Su cadáver fue arrojado a la playa por el lado de Jiquilillo y sepultado allí mismo.

En el año de 1923 me vino el nombramiento de Comendador de la Orden De Leopoldo II. El Decreto del Rey me llegó de Bélgica, con la firma auténtica de él y del Ministro de Relaciones Exteriores, documentos que se perdieron en el incendio de Chinandega, el año de 1927.

La insignia, que conservo y que uso en raras ocasiones, consiste en una cruz de oro macizo, con una cinta azul y negra que se coloca en pendantiff sobre el pecho. La sociedad de Chinandega acordó darme una fiesta con motivo de mi nombramiento de Comendador que debía tener lugar el día 24 de Octubre de 1923, pero ya cuando estábamos reunidos en el Club Social, llegó Ricardo López a avisarnos que acababa de morir el Presidente Diego Manuel Chamorro y que no se permitiría la fiesta. Tuvimos que desistir para verificarla en mejor ocasión, como en efecto tuvo lugar algún tiempo después.

El combate y el incendio de Chinandega tuvieron en la vida del país, en la de Chinandega y en la mía propia, repercusiones de gran trascendencia.

Para el país significó el triunfo del Partido Liberal, porque todas las fuerzas del conservatismo fueron distraídas para lograr recuperar la plaza de vital importancia y entonces las fuerzas del General Moncada pudieron llegar a las cercanías de Matagalpa sin mayor resistencia.

Para Chinandega fue un castigo del odio partidarista porque tanto liberales como conservadores sufrieron el incendio de sus hogares.

No voy a lanzar aquí mi fallo de quien tuvo la culpa del incendio; es un tema muy discutido y oscuro. Militarmente beneficio a los conservadores pero parece que la soldadesca de ambos partidos ejerció venganzas que redundaron en perjuicio de todos.

Para mis propios intereses fue el golpe más rudo, con la pérdida de mi establecimiento principal de comercio; mi hermosa casa de habitación quedaba reducida, si no a la miseria a una condición de dependencia de mis acreedores y el apoyo de miembros de la familia. Ambos dieron muestras de bondad.

Mis acreedores me hicieron fuertes rebajas en lo que les adeudaba, además de concederme espera. Reuniendo la poca mercadería que tenía en las sucursales de Managua y de Granada, me reconcentré en la Sucursal de León. Mis hijos se solidarizaron conmigo y mi crédito, que tanto había apreciado, no sufrió mengua.

Pagué mis deudas, como dije, rebajadas por la generosidad de mis acreedores y me quedé viviendo en León con mis hijas Licha y Narcisita.

Tuve que llevar una vida modesta y ciertamente el ejercicio de la pobreza acarreó para mi alma grandes favores, si toda mi vida la Divina Providencia me había demostrado su protección, fue a la hora de la gran prueba del incendio que se mostró amparándome con mayor amor.

Los años que viví en León fueron consolados, no solo por el afecto de mis hijos; el aprecio de mis viejos amigos, entre los cuales pongo a la cabeza a Sinfiriano Roberto, sino que también nació una amistad espiritualísima con la familia de don Manuel Antonio Sacasa y con especialidad con Lupita Sacasa, su hija mayor.

Día a día visitaba la casa de don Toño y toda la familia Callejas compartió conmigo la admiración y el cariño para el virtuoso hogar, y aún ahora que escribo estas líneas, abrumado por el peso de tanto años de vida, siento que mi corazón

hubiera sido correspondido, si el peso de los años no hubiese sido un irreparable impedimento.

Sin embargo, esa tierna amistad sirvió de fortaleza a mi espíritu en múltiples aspectos.

La Religión Católica, fundamento de la vida del hogar de don Toño, también creció más en mi alma como la única fe que hace la vida digna de ser vivida. En el año de 1929, con todo el beneplácito de la familia Callejas y Robelo, se llevó a cabo el matrimonio de mi hija Licha con César A. Robelo, hijo de mi gran amigo Sinforiano.

Esta unión vino a consolidar más mi domicilio en León. Por otra parte, la sociedad de León, a la cual habían pertenecido mis dos esposas muertas, me dispensó la mejor acogida. Monseñor Agustín Tijerino y Loáisiga en más de una **oportunidad pidió mi cooperación en actos de "Acción Católica" de la cual era él ardiente propagandista.** También la Orden Tercera de San Francisco me honró con el puerto de Hermano Ministro y a pesar de mis años, mantuve la afición a las cacerías y así, verano a verano, pasaba mis temporadas, ya en el Balneario **"El Manzano", ya en la finca "Bellavista" de mi hijo Alfonso.**

Cuando me fué difícil, me alejé de mi establecimiento de comercio en León y lo vendí a mis hijos Licha y César quienes lo transformaron en Sucursal de la **tienda "Mi Casa", negocio floreciente** bajo la dirección de ambos miembros del matrimonio Robelo – Callejas.

Mi existencia se tornó monótona y apacible, viviendo con mi otra hija, Narcisita, domiciliada en León y que se había casado contra mi gusto con el Br. Gilberto Soto, Director de una Escuela Pública. Fué una grata sorpresa el haberme equivocado con respecto a este mi nuevo yerno, pues el muchacho resultó bueno y me auxiliaba con filial solicitud en mis dificultades de traslado, con que los años me habían ultrajado.

Pasaba los días enteros escuchando la radio hasta dormirme. El mejor recuerdo de esos días fueron las visitas de mis hijos y las que yo hacía dos veces por semana a la familia de don Manuel Antonio Sacasa. Ciertamente, la amistad de Lupita Sacasa, era mi consuelo y sus atenciones conmigo eran tan finas que nunca tuve el menor resentimiento de que ella no se resolviera a casarse conmigo.

La familia Sacasa, de un catolicismo a toda prueba, hizo que el mío se fortaleciera aún más. En mis horas de soledad se agolpaban en mi mente las horas tristes de mi vida, más que las alegres, así como este en que los avanzados e inmisericordes años que acaban con las altivas energías. Pero los golpes que se sobrellevan con espíritu cristiano hacen más sólida la esperanza en un porvenir mejor y proporcionan la oportunidad de poner los sufrimientos a los pies de

Jesucristo, Salvador del Mundo, como un sacrificio de holocausto, que aunque no espontáneo no por eso deja de ser meritorio.

Cuando mi hija Lichita regresó con su familia de Costa Rica y se radicó definitivamente en Managua, insistió en que me trasladara a su lado. Mis hijas Licha y Narcisito, las gemelas que me dejara mi inolvidable y santa esposa Narcisa, han sido mis predilectas sin que por esto se resistieran mis otros hijos, quienes también quieren a sus hermanitas, las más jóvenes, con marcada especialidad.

En Managua cumplí mis noventa y tres años y por una concesión, hubo misa solemne en la casa particular donde vivía con Licha. Monseñor González y Robleto, Arzobispo de Managua, celebró la Santa Misa, en la que comulgamos muchos de la familia Callejas.

En el año de 1950 me trasladé a vivir a Chinandega, mi ciudad natal, en cuyo cementerio quiero que reposen mis restos. Aquí en casa de mi hijo Alfonso estoy dando fin al dictado de mis memorias.

No puedo quejarme de mi suerte.

Mi nuera Angelina me atiende con doble cariño. Primero por ser la madre de mis nietecitos y también porque la familia Deshon Morazán fue de los más íntimos amigos. Mucho recuerdo a Eduardo Deshon y a mi amiga de la infancia Carmita Morazán, cuando veo a Nina activa en sus quehaceres domésticos.

Recibo casi diariamente la Santa Comunión que los padres franciscanos, nuestros vecinos de la Iglesia de San Antonio, me traen con religiosidad. Y con estos sentimientos, estoy esperando la muerte resignadamente.

Y pongo fin a estas mal escritas memorias. ●

## Es posible que el Gral. Francisco Parajón haya nacido en Masaya

***Francisco-Ernesto Martínez***

Miembro de la Academia de Ciencias Genealógicas de Costa Rica

[www.francisco-ernesto.com](http://www.francisco-ernesto.com)

[fcoernestom@yahoo.com](mailto:fcoernestom@yahoo.com)

[fcoernestom@gmail.com](mailto:fcoernestom@gmail.com)



Juan Francisco Parajón Montealegre, conocido como Gral. Francisco Parajón, nació a finales del Siglo XIX. En sus biografías se lee que su nacimiento fue en el municipio de Telica, departamento de León.

Según el testimonio de doña Carmen Balitán de Caldera, al Dr. Alejandro Barberena Pérez; los padres del Gral. Francisco Parajón fueron un señor llamado Francisco (no sabía el apellido) y doña María Parajón.

Sin embargo, el distinguido genealogista don Flavio Rivera Montealegre, aclaró en su exhaustiva obra *Genealogía de la familia Montealegre*, que el Gral. Francisco Parajón fue hijo de don Juan Francisco Parajón y de doña Rafaela Montealegre Romero.

El militar Francisco Parajón fue un famoso General del Ejército Liberal Constitucionalista de Occidente. Fue graduado en la Academia Politécnica Militar de Nicaragua, fundada en el gobierno del Gral. José Santos Zelaya. Durante un tiempo fue miembro del Partido Nacional de los Trabajadores de Nicaragua (PNT). Residente en la comarca El Bosque, cerca del municipio de Posoltega, departamento de Chinandega, en donde tenía una finca, se enlistó al Ejército Liberal cuando ocurrió el golpe de Estado, llamado **"El Lomazo"**, ejecutado por el Gral. Emiliano Chamorro el 17 de enero de 1926 en contra del gobierno del Presidente don Carlos José Solórzano.

Así lo describe el historiador Rafael de Nogales Méndez:



**“El general Parajón pertenece al Partido Nacional de Trabajadores de Nicaragua. Cuando Chamorro dio el golpe de Estado en 1922, lo que causó la ruina de la administración del presidente Solórzano, estaba tranquilamente trabajando en su rancho cerca de Posoltega, en el estado (sic) de León, sin pensar siquiera que un año después estaría clasificado entre los más inteligentes luchadores que Nicaragua jamás haya tenido. Así es el destino. Después de la desastrosa expedición de Irías a la Costa Pacífica, y no encontrándose manera de proveerse de armas, Parajón decidió empezar una guerra de guerrillas por su cuenta. Se fue a la selva con seis hombres armados de machetes y revólveres.” (Nogales, 2019).**

El 17 de agosto de ese año, el Gral. Francisco Parajón, junto a quince compañeros, logró tomarse Posoltega, y luchó después en El Tamarindo, en donde fue herido de un balazo explosivo en la cara, cuyo proyectil no pudieron extraer y le quedó alojado el resto de su vida en la carótida. El 17 de septiembre, en la jurisdicción de Telica, organizó la revolución de Occidente. De ahí salió con cinco patriotas: Antonio Raudales, Marcelino Rivera, Félix Vargas, Feliciano Ruiz y Juan Reyes. Fue, pues, el principal protagonista de la Batalla de Chinandega, acción bélica que se desarrolló entre el 6 y el 18 de febrero de 1927 en la ciudad de Chinandega, en el marco de la guerra civil conocida en la historia de Nicaragua como Guerra Constitucionalista, que ocurrió entre el 14 de noviembre de 1926 y el 4 de mayo de 1927. Refiriéndose al comportamiento de varios aviadores estadounidenses que participaron en la destrucción de la ciudad de Chinandega, el Gral. Francisco Parajón comentó:

**“Durante el ataque del general Noguera Gómez el 8 de febrero, llegaron los aeroplanos tirando bombas sobre El Calvario y El Caimito. Causaron considerable daño en El Calvario y mataron dos de mis hombres.” (Parajón, 1927).**

Estos hechos así los recordaba el leonés diseñador de altares Guillermo **“Memito” Torrez, a sus 105 años de edad, en una entrevista que en el año 2003 le hizo La Prensa:**

**“En ese período de la guerra en que participó el General Francisco Parajón, de quien los Mántica eran adversarios políticos por ser conservadores, resultó quemado el centro de Chinandega, más de 40 manzanas quedaron en cenizas.” (Torrez, 2003).**

En esos años se enfrentaron las tropas del **Ejército de la “Segunda República Conservadora”, llamada “La Constabularia”, con apoyo de los Marines norteamericanos que ocupaban el país, contra el Ejército Liberal**

Constitucionalista, cuyos principales exponentes fueron: Juan Bautista Sacasa, José María Moncada (General de las tropas del Caribe o Atlántico), Luis Beltrán Sandoval, Eliseo Duarte, Humberto Torres Molina, Carlos Castro Wasmer, Camilo López Irías, Augusto C. Sandino (General de las tropas de Las Segovias y Jinotega) y Francisco Parajón (General del Ejército Liberal Constitucionalista de Occidente). Las fuerzas liberales constitucionalistas enfrentaron a las tropas conservadoras comandadas por el general Alfredo Noguera Gómez en la hacienda "Las Grietas" cercana al pueblo de Malpaisillo, en el municipio Larreynaga, departamento de León, en donde logran una victoria contundente que les anima en su marcha hacia Chinandega, donde el gobierno de don Adolfo Díaz había reforzado sus tropas bajo el mando del general Bartolomé Viquez, quien al recibir el embate del ejército liberal atrincheró a sus hombres en las iglesias El Calvario y Santa Ana, en la zona urbana de la ciudad.

Los liberales estrecharon el cerco sobre Chinandega hasta vencer las defensas conservadoras y tomar la ciudad, ocurriendo sangrientos combates que dejaron incontables muertos y heridos. Según los biógrafos del Gral. Parajón, el presidente

Adolfo Díaz dio la autorización al mayor James J. Meade para que los marines estadounidenses relevaran a las tropas de los conservadores que estaban defendiendo a la ciudad de Managua. El resultado fue que las fuerzas del gobierno conservador de facto, comandadas por el general Diego Vargas Abaunza, desalojaron a las fuerzas liberales al mando del general Francisco Parajón, luego



**General Francisco Parajón, a la izquierda del lector, junto al mexicano Gral. Juan Escamilla. Foto inédita captada por el fotógrafo Santamaría. Copia obtenida en el año 2012 por Francisco-Ernesto Martínez en el Archivo General de la Nación, en el Palacio Nacional de la Cultura.**

de trece días de combates. El Ejército Liberal Constitucionalista de Occidente, tenía como objetivos militares la toma y control de las ciudades de Chinandega y León, plazas cercanas a Managua y con puertos estratégicos en el Pacífico de Nicaragua. Luego de esta derrota, los enfrentamientos armados cesarían en la zona de Occidente pero continuarían en Las Segovias y Jinotega en donde estaban las tropas del Gral. Sandino.

Algunos años después fue electo Alcalde de la ciudad de León, y bajo este cargo dictó un acuerdo especial que oficializó el auspicio de la municipalidad a don Luis Cuadra Cea, descubridor de las ruinas de León Viejo en Abril de 1931, para que hiciera una segunda expedición en Mayo de ese mismo año. En 1946 ocupaba el cargo de General de Brigada de la Guardia Nacional y también fue Ministro de la Guerra, Marina y Aviación por la Ley. El 5 de mayo de ese año **presentó al Congreso Nacional el "Historial Completo de suscripción para Memoria de la Secretaría de Guerra, Marina y Aviación"**. Fue miembro y convencional del Partido Liberal Constitucionalista, siendo electo Diputado por Occidente al Congreso Nacional de Nicaragua durante varios períodos legislativos. Falleció en la ciudad de León, en Enero de 1961.

#### Fotografía del Gral. Francisco Parajón

En este ensayo se incluye una fotografía que al parecer es inédita. La localicé en el año 2012 en la Fototeca del Archivo General de la Nación. Se observa al Gral. Francisco Parajón junto al general Juan Escamilla, quien fue un **mexicano antisandinista, jefe expedicionario de los "voluntarios armados" por el Gral. José María Moncada**, y quien para 1933 estaba acantonado en Estelí.

#### El testimonio de doña Carmen Balitán vda. de Caldera

El Gral. Francisco Parajón, independientemente del nombre exacto de sus padres, es probable que haya nacido en la casa de don José Aguilar, en la Avenida Real de Monimbó, en la ciudad de Masaya, porque así se menciona en la siguiente entrevista que el Dr. Alejandro Barberena Pérez hizo a doña Carmen Balitán vda. de Caldera, y que publicó en su libro *Estampas de Granada y sus 450 años de fundación* (1974):

**“Sobre la Calle Honda a una cuadra de la Plaza de San Miguel** vivió doña Carmen Balitán viuda de Caldera y a preguntas nuestras nos dijo:

**“Yo vivía en la casa de José Aguilar sobre la Calle Real de Monimbó.** En esa casa me visitaban la Cándida y la Manuela Parajón que traían de León sal, maíz y dulce para venderlo en Masaya. Un día de tantos llegó sola la María, mujer alta, trigueña, robusta y bien hermosa y me preguntó si esa era la casa donde se hospedaban sus hermanas Cándida y Manuela. Como la vi ya próxima a dar a luz, mandé a mi marido Salvador para que me fuera a llamar a la Santos Pérez, la comadrona de la época, a fin de que **la atendiera en mi casa.”**

En qué año ocurrió eso?

**“Ah!, señor qué me voy a acordar;** si yo hubiera sabido la resonancia que iba a tener el hijo de la María, cojo un lápiz y lo apunto. Pero quién le va a decir a uno lo que **va a suceder? Esas cosas sólo Dios las sabe.”**

¿Sabe usted quién era el padre del General Francisco Parajón?

– Sus pupilas se ensanchan y las mueve en todas direcciones, como si con ese movimiento de los ojos, le diera una vuelta a la vida. – **“Uno de esos ricazos – contestó – Terán me parece, su nombre era Francisco porque cuando yo le dije que al niño teníamos que bautizarlo al siguiente día, porque así lo acostumbraba yo, me dijo que le pusieran Francisco que así se llamaba su padre. Así fue que despaché a Salvador Caldera, mi marido, y a la Sixta como cargadora, con el niño para que lo bautizaran. Debo decirle – agrega – que el mismo día que llegó a mi casa la María, nació Francisco. Ella llegó como a las dos de la tarde y el niño nació como a las cinco de ese mismo día.”**

¿Don Gustavo Alemán<sup>1</sup> fue su Padrino?

**“No. Ese señor nada tiene que ver con Francisco.** ¿Por qué? Tengo la seguridad de que Salvador Caldera, mi marido, fue su padrino. No hay otro. Cuando vino la María trajo a José de la Luz, hermano del General. Tenía como diez años y era divertido. Dónde debíamos estar nosotros que no estuviera José de la Luz? Un muchacho vivo, despejado, platicador, daba

---

<sup>1</sup> Se refiere a don Gustavo Alemán Blandino, quien nació en Masaya a mitad del Siglo XIX y quien fue el padre del famoso dariano don Gustavo Alemán Bolaños, nacido en 1884.

gusto oírlo. El General Francisco Parajón fue mi hijo de crianza porque ha de saber que a Francisco yo le di de mamar, porque su madre tenía muy **escasa leche.**”

¿Cuánto tiempo permanecieron en Masaya?

**“Como un año señor. Y el día que se fue la María, fue de luto y llanto** en mi casa. Ni ella se quería ir, ni nosotros queríamos que nos abandonara. Se fue porque de su casa le mandaron a decir que su mamá estaba grave. Tan hermosa que era **la María, agradable de palabra, morena.**”

#### Bibliografía

- Archivo General de la Nación, fotografía inédita del Gral. Francisco Parajón. Obtenida por Francisco-Ernesto Martínez, en el año 2012.
- **Arellano, Jorge Eduardo, 2011, “Sandino y su magnicidio hace 77 años”, *El Nuevo Diario***, Opinión, Managua, 26 de febrero.
- Barberena Pérez, Alejandro, 1974, *Estampas de Granada y sus 450 Años de Fundación*, Managua, Imprenta Nacional.
- Biografía de Francisco Parajón Montealegre, en Wikipedia, [https://es.wikipedia.org/wiki/Francisco\\_Paraj%C3%B3n\\_Montealegre](https://es.wikipedia.org/wiki/Francisco_Paraj%C3%B3n_Montealegre), consultada en el 2018.
- Congreso Nacional, 1946, *Historial Completo de suscripción para Memoria de la Secretaría de Guerra, Marina y Aviación presentada al Honorable Congreso Nacional por el Ministro del Ramo, General de Brigada G.N., Francisco Parajón*, Gobierno de Nicaragua, Managua, 5 de mayo.
- Nogales Méndez, Rafael, 2019, *El Saqueo de Nicaragua*, Barcelona, Red de Ediciones.
- Peralta, Mercedes, 2003, **“A sus 105 años, reconstruye pasajes de León”, *La Prensa***, Managua, 16 de enero.
- Rivera Montealegre, Flavio, 2011, *Genealogía de la Familia Montealegre: Sus antepasados en Europa y sus descendientes en América*, Trafford Publishing, Noviembre.●